



en el reino de los muertos

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

EN EL REINO DE LOS MUERTOS

Colección PUNTO ROJO n.º 365
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 13.267 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: abril, 1969

© SILVER KANE - 1969

sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE:
1.108. — Muerte para una damisela.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
970. — El pasillo de las mujeres muertas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
655. — Federal y mujeriego.
- En Colección KANSAS:
554. — Muerto de hambre.
- En Colección BUFALO:
807. — Los millonarios de Oklahoma.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
425. — Contrato para un pistolero.
- En Colección COLORADO:
598. — El valle de los antepasados.
- En Colección CALIFORNIA:
655. — Mi amiga la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
361. — Los compañeros.
- En Colección ENVIADO SECRETO:
71. — La isla de los Siete Espíritus.

PRÓLOGO

Son muchos los que creen que este oficio es estupendo, es piramidal, es una ganga.

Son muchos los que nos ven rodeados de hermosas secretarias, alquilando chalets en Palm Beach, recibiendo (y cobrando) cheques por millones de dólares y diciendo que sí a chicas despampanantes que le invitan a uno a pasar el fin de semana con ellas, después de pedirle un autógrafo.

Quizá haya alguno que viva así, desde luego.

Yo, amigos, no.

Porque he llegado a la conclusión de que, cuando uno tiene que ganarse la vida con ellos, todos los oficios son malos.

Leo lo que puedo y viajo lo que puedo para estar siempre al corriente de lo que ocurre y así imaginar los argumentos de mis novelas. Muchas veces extraigo personajes de la realidad. Me baso en situaciones políticas o en hechos verídicos del espionaje.

Así, dicho de este modo, hasta parece fácil.

Y algunas veces, amigos, lo ha sido. No quiero tampoco decir que esto sea como servir de remero en las galeras. Pero muchas veces me ha ocurrido, desgraciadamente, como me sucedía aquella mañana.

Porque aquella mañana yo, Silver Kane, novelista profesional y servidor de ustedes, no tenía un mal argumento que llevarme a la pluma, mejor dicho, a la máquina.

Todo me parecía dicho, redicho, explotado.

¿Trucos del espionaje? Me parecía que ya habían sido descubiertos todos. ¿Algún hecho que fuera consecuencia de la Segunda Guerra Mundial? La Segunda Guerra Mundial queda ya muy lejos. ¿Y el Oeste? No, no podía ser, porque mi editor quería una novela policíaca. Y yo podía permitirme cualquier lujo, menos echar a mi editor por la ventana.

Daba vueltas por mi despacho sin que eso me sirviera para nada. Y entonces, justamente entonces, llegó aquella carta.

Era voluminosa y venía acompañada de un original literario irreprochablemente escrito a máquina. La carta, en cambio, estaba escrita a mano, con elegante letra femenina. Era de una muchacha que decía haber leído bastantes de mis libros (menos mal, y además ésta no me decía nada feo a continuación), por lo cual me conocía bastante bien. Y me enviaba aquel relato por si yo quería publicarlo incluso con mi nombre, pero sin modificar una línea. Porque lo que ella deseaba era que el relato fuese conocido, y así probar, sin exponer prácticamente nada, su suerte como escritora.

Me hacía, a continuación, una advertencia que me sorprendió: el relato era auténtico.

Correspondía a algo que le había sucedido realmente a ella.

Y terminaba su carta diciendo que, si no me parecía bueno, podía tirarlo directamente al cesto de los papeles, o venderlo como papel viejo, porque de un tipo como yo se podía esperar cualquier cosa.

Bueno, confieso que aquella última frase no me agradó.

Pero algo malo tenía que decirme, al fin y al cabo, la pobre.

De modo que puse el original ante mi mesa, aparté la máquina de escribir, encendí un cigarrillo, aunque fumo muy poco, y me dispuse a leer aquello.

Confieso que me interesó. Y que no pude dejarlo hasta llegar a la última línea.

Entonces puse un telegrama a la dirección que la muchacha me había señalado en su carta. Le dije que la obra me parecía publicable, pero que temía que alguien se enfadase si realmente se trataba de un relato auténtico.

Ella me envió, casi enseguida, un telegrama de respuesta desde su lejana ciudad, diciéndome que el relato, en efecto, era verídico, pero que obrara sin miedo.

Entonces me decidí y lo llevé al editor.

El editor ya pensaba que yo me habría ido de viaje (¿con qué dinero?) y que no iba a cumplir su encargo. Por eso me puso buena cara al verme llegar. Y me dijo que haría leer aquel texto, pero que no me pagaría nada hasta haber obtenido el visto bueno de sus asesores.

Era muy razonable, de modo que me largué.

Y ese relato es el que transcribo a continuación, letra por letra. No he añadido ni quitado nada a lo que la muchacha escribió. Las aventuras más adelante descritas, son sus propias aventuras.

Y lo que le sucedió a ella, es lo que realmente ocurrió.

La verdad era que yo ignoraba entonces que existieran esa clase de mundos.

Pero ahora lo sé, y muchas veces, desde entonces, he pensado en ellos.

No consigo arrancarme de la cabeza la idea de la muerte y de lo que significa la muerte.

Pero, en fin, usted, amigo, es el que debe juzgar.

Le deseo que pueda leer todo esto de un tirón, como hice yo.

Y que nunca se encuentre en un lugar como el sitio en que se encontró aquella muchacha.

CAPÍTULO PRIMERO

Muchos pensarán que estoy loca.

Casi todos los que lean estas líneas se preguntarán: «Pero ¿cómo se atrevió? ¿Por qué Linda Harris entró en la ciudad de los Muertos?».

Yo quiero explicarlo.

Quiero decir por qué yo, Linda Harris, llegué a aquel lugar.

No resisto que me tomen por loca.

Yo, Linda Harris, la autora de esta historia, nací en Nueva York, el diecisiete de marzo de mil novecientos cuarenta y nueve. Tengo, pues, veinte años. Mido un metro setenta de estatura, lo que para una mujer es bastante. Con tacones sé que resultó esbelta, incluso quizá un poco alta. Los hombres piensan muchas cosas al verme. Yo lo noto en sus ojos más bien turbios, en sus miradas fijas, en sus facciones estáticas. Algunos sienten rabia porque no pueden poseerme; otros, una especie de desconsuelo. Pero ninguno permanece indiferente, a no ser ese grupo de hombres, cada vez más numeroso, que no tiene sexo definido y que gusta de vestir como nosotras, las mujeres.

Ahora ya saben ustedes algo más sobre Linda Harris.

Pero eso no es suficiente. Tienen que saber, también, que nací en el West Side. ¿Conocen el West Side? Bueno, cualquiera cree que vivir en Nueva York es una gran cosa. Que se trata de una gran capital y que una lo tiene todo a mano. Quizá sí... Lo cierto es que una tiene muchas cosas a mano, menos la felicidad. Pasé mi niñez correteando por un pasillo penumbroso donde sólo había una bombilla, y la a cuál se abrían las puertas de los demás departamentos. A través de esas puertas yo lo oía todo, yo me enteraba de todo. Sabía quién era feliz, quién no, quién moría, quién amaba. Pero ésa es una historia vieja, de niña desdichada, que no le interesa a nadie.

Mi verdadera historia, la actual, empieza cuando llegué a la ciudad de los Muertos.

Y comienza sobre todo con aquel anuncio; el anuncio en el que solicitaban una persona para acompañar un cadáver.

Pero quizá me estoy adelantando demasiado; no quiero mezclar las cosas.

Con lo que he dicho hasta ahora todos habrán adivinado que nací en una familia muy pobre. No obstante, fui una alumna aprovechada y a los diecisiete años obtuve una beca para estudiar en la Universidad de Berkeley, en California. Obtener becas en mi país es relativamente fácil, de modo que eso no tiene ningún mérito especial; si lo menciono es para que nadie se extrañe de encontrarme en California, cuando realmente nací al otro lado del país, en Nueva York. En Berkeley estudié Ciencias Políticas, y a los veinte años estaba a punto de licenciarme. Pero la beca apenas daba para los gastos escolares, de modo que yo siempre padecía de una enfermedad crónica que se llama falta de dinero.

Quizá todos ustedes sepan que la vida en las universidades norteamericanas, y en especial la de Berkeley, es bastante liberal.

Nadie pone obstáculos a las relaciones libres entre estudiantes, siempre que éstas no se desarrollen en el recinto universitario. Allí la mayoría de las chicas eran bastante tranquilas en este aspecto. De modo que yo, considerada como bastante bonita, hubiera podido encontrar fácilmente una compañía agradable que, además, me ayudara a sufragar mis gastos. Pero nunca lo hice.

Soy una muchacha más bien tímida, un poco retraída, que solía ir a pasear por los jardines de la universidad, llevando un libro bajo el brazo. Naturalmente, siempre procuré que los parajes que frecuentaba no fueran demasiado solitarios. Tenía una amarga experiencia sobre eso, ya que un par de veces hubo imbéciles que quisieron hacerme entender, por las malas, lo mucho que le conviene a una chica estar acompañada.

Fue en esa época cuando recibí la carta de mi madre diciéndome que mi hermana menor estaba bastante enferma en Nueva York. Yo siempre he sentido una especie de adoración por Clara, mi hermana pequeña. Y, aunque la enfermedad no era grave, bastó con que la pequeña quisiera verme para que yo pensara ya inmediatamente en el modo de trasladarme al otro lado del país.

Pero me encontraba con lo de siempre: no tenía dinero.

A pesar de que las líneas aéreas suelen conceder importantes descuentos a los estudiantes, eso sólo ocurre en época de vacaciones, de modo que ahora no podía solicitarlo. El billete de ferrocarril también era caro, y, por otra parte, me daba vergüenza pedir prestado a una de mis compañeras un dinero que luego tal vez no podría devolver.

Fue entonces cuando mis ojos dieron con aquel anuncio.

Estaba en la quinta página del *San Francisco Courier*, y decía:

«Se necesita persona joven para acompañar cadáver.
Destino: Nueva York. Máxima seriedad y reserva.
Dirigirse a míster Thompson Riley, Telegraph Hill,
S. F.».

Sí, eso era lo que decía el anuncio.

Lo recuerdo letra por letra, como si lo estuviera leyendo ahora.

Me dirigí a Telegraph Hill.

Quizá convenga aclarar ahora que ése es uno de los barrios más acreditados de San Francisco, porque en él viven los ricos de siempre, los que ya nacieron siendo millonarios. Y tal vez convenga decir también algo sobre esa costumbre de «acompañar un cadáver», porque quizá alguien se habrá sorprendido al leer eso, y creará que estoy inventando una historia absurda.

Nada de eso. Todo lo contrario.

No sólo es algo que me ocurrió a mí, sino que pudo suceder a cualquier muchacha norteamericana. Y de hecho es algo que pasa todos los días.

Ayudará a comprender todo eso el diálogo que sostuve con aquel caballero llamado Thompson Riley.

Me recibió en un magnífico salón estilo colonial americano y lo primero que hizo fue mirar bien mis piernas cuando las crucé. No es que me hiciera gracia, pero tampoco me importó demasiado. Al fin y al cabo, una chica que va a ofrecer algo, necesita mostrar al menos un buen escaparate. Thompson Riley, que tendría unos cincuenta años, se sentó frente a mí y comenzó pidiéndome mi credencial de estudiante de la Universidad de Berkeley.

Después de leerla, me la devolvió diciendo:

—Es correcta. Perdone.

—¿Tenía miedo de que esto fuera una superchería?

—¡Hay tantas cosas extrañas en este mundo! Algunas personas que se ofrecen para acompañar cadáveres, luego les roban las joyas.

—Pero... ¡pero eso es absurdo! Supongo que los ataúdes van perfectamente cerrados y tienen sistemas de seguridad.

—Cierto. Y el cadáver va dentro de una caja de zinc, porque las medidas sanitarias así lo exigen. Pero hay gente que se atreve a todo. En fin, creo que usted es la persona que me interesa.

—¿Se han presentado otros?

—Sí, pero eran jóvenes de aspecto extravagante que no me merecían ninguna confianza.

Guardé silencio.

Yo me hacía cargo. Yo comprendía muy bien que el cadáver de un ser querido no se le puede confiar a cualquiera.

Míster Thompson me preguntó:

—¿Va usted muy mal de dinero?

—Con franqueza, sí.

—Es una lástima. Con esa figura...

—Mi figura es una cuestión estrictamente privada —le dije, apretando los labios.

—De acuerdo, de acuerdo... Pero no es muy agradable atravesar el país en ferrocarril, en compañía de un cadáver. Debe usted necesitarlo bastante.

—Así es.

—Muchos estudiantes aprovechan ese sistema para viajar gratis y encima ganarse unos dólares —musitó él—. Y todo por el hecho de que la legislación de nuestro país prohíbe que los cadáveres viajen solos. De acuerdo... Tome el resguardo y los billetes. Además, ahí van sus honorarios: doce dólares por día, más los gastos.

No era ninguna gran cantidad, desde luego, pero me bastaba y sobraba para llegar a mi ciudad, y además con algún dinero.

De modo que salí de la casa de Thompson Riley.

Llevaba ya mis cosas preparadas en un pequeño maletín, de manera que no me quedó más que dirigirme a la estación, donde, según el resguardo, yo debía hacerme cargo del ataúd.

Aquella era mi primera etapa para el largo y fantasmal viaje a la

ciudad de los Muertos.

Pero yo no lo sabía.

CAPÍTULO II

El tren salía de madrugada. Ésa fue una dificultad con la que yo no conté al principio. Tenía idea de que marchaba a las seis de la tarde, pero ése era otro, no el que debía tomar yo. El mío partía a las dos de la madrugada.

Los furgones de equipajes no se abrían hasta la una. Tampoco hasta la una empezarían a ser despachados los «bultos», como por ejemplo el cadáver del que tenía que hacerme cargo.

Por eso me quedaron bastantes horas libres.

Fui a pasear y luego, como empezaba a hacer frío, me metí en un bar que tenía en la puerta atractivas luces de colores. No me di cuenta de que había un par de chicas en la barra, sentadas en altos taburetes, enseñando las piernas hasta arriba. No me percaté tampoco de que había allí unos cuantos individuos de mirada turbia. Debo reconocer que, a pesar de mis veinte años, estaba muy poco acostumbrada a aquellos ambientes. Por otra parte, aquel bar debía ser muy normal en otras horas del día. Pero, de madrugada, no lo era.

Un tipo de ojos vidriosos se acercó a mí. Debía estar bebido. Volví la cabeza para no captar su aliento.

—Ésa no es manera de sentarse, nena.

No le respondí.

Notaba sus ojos subiendo por mis piernas, desde las pantorrillas hasta las rodillas, pugnando inútilmente por llegar más arriba, porque el «telón» de la falda estaba bajado.

—¿Por qué has venido, si Vas a hacer tantas carantoñas?

El dueño del bar se acercó a nosotros, por el lado opuesto de la barra.

—Hala, déjala, Joe.

—Pero ¿qué te pasa ahora a ti, Winston?

—¿No te das cuenta de que está aquí por equivocación?

—Pues que se vaya.

Depositó unas monedas sobre la barra, importe de la bebida que aún no había probado.

—Me voy —dije lentamente—. Claro que me voy, buitres.

El tipo llamado Joe no me permitió bajar del taburete.

—Eso sería demasiado sencillo, nena.

—¿Qué pasa?

—No cuesta nada enseñar las piernas.

Una de las mujeres que había en los taburetes, de ojos duros como dos pedazos de metal, bisbiseó:

—Déjala en paz. No vale tanto la pena.

Pero Joe me acercó a él. Era fuerte y no pude resistirme. Me pareció por un momento que vivía en otra época, que me habían trasladado a los tiempos heroicos de San Francisco, cuando según qué bares de aquella zona eran una antesala de la muerte.

En ese momento ocurrió algo que también debió suceder en aquellas épocas.

Un puño salió disparado no sé de dónde. Unos nudillos duros como el acero encontraron en su camino la mandíbula de Joe.

Sonó un chasquido.

Oí luego un resoplido leve, como si Joe se desinflara por dentro, y el tipo cayó a tierra. Winston, el dueño del bar, se secó filosóficamente las manos con un trapo.

—Habrá que echarle un poco de agua —murmuré.

—Mejor será *whisky* —masculló Joe desde el suelo.

Y volvió a perder el sentido, si es que lo había tenido alguna vez.

Yo busqué con los ojos al hombre que me había salvado.

No sabía si era joven o viejo, si era jorobado o esbelto.

Pero quería, al menos, darle las gracias.

Me sorprendió ver que se había ido. Debía estar en el fondo del bar cuando yo entré, porque no recordaba haber visto, cuando entré, a nadie con cara de defender a una mujer. Más bien tenían, todos los que estaban allí, aspecto de ir a comérsela.

Salí entonces rápidamente del local.

Vi su silueta alta, fuerte, que se despegaba en aquel momento de la acera. Me pareció que se dirigía también hacia la estación. Corrí sobre mis altos tacones para darle alcance.

—Eh... ¡Eh, oiga!

Él se volvió.

Tenía un aspecto atractivo, no puedo negarlo. Aunque no soy de esas que se vuelven locas por un hombre distinto cada semana, éste me gustó. Vestía bien, y le calculé unos veinticinco años. Pero tenía una mirada triste y huidiza, una mirada de perro acorralado que me inquietó.

—¿Qué quiere? —susurró.

—Perdone. Sólo darle las gracias.

—No tiene importancia.

—Sí que la tiene. No sé qué hubiera ocurrido, caso de no intervenir usted.

—Pues muy sencillo. Que Winston, el dueño del bar, hubiera echado a aquel tipo. Todo habría acabado más o menos bien, de modo que no me dé las gracias.

Pero yo estaba decidida a dárselas.

Por otra parte había una cosa que me gustaba en aquel hombre y otra que me inquietaba.

La que me agradaba era que parecía dirigirse a la estación, y a mí me complacía la idea de ir con él, porque tenía que atravesar una serie de zonas oscuras por las que no me hacía la menor gracia caminar sola.

La cosa que me inquietaba, en cambio, era su expresión huidiza, de hombre que no desea que le vea nadie. ¿Por qué había salido tan pronto del bar? ¿Por qué no se detenía a hablar conmigo?

Al fin pareció comprender que yo deseaba compañía.

Y con una sonrisa desganaada murmuró:

—¿Vas a la estación?

—Sí... Exactamente.

—Yo paso cerca de allí. Te acompañaré.

—Está bien... Gracias.

Echamos a andar uno junto a otro. El viento que llegaba de la bahía, un viento muy frío, nos daba en la cara.

El preguntó:

—¿No conoces San Francisco?

—Muy poco.

—Si lo conocieras sabrías que algunos barrios cambian con las horas. Ésta es una zona respetable a mediodía, pero deja de serlo a

medianoche. El bar de Winston no es tampoco de los más recomendables. En fin, no ha ocurrido nada.

—¿Sales de viaje? —murmuré.

—No, yo no.

En vista de que era hombre de pocas palabras, no insistí. Cruzamos de parte a parte un parque oscuro y susurrante, donde el viento arrancaba extrañas canciones de las copas de los árboles. Debo reconocer que aquélla parecía una ciudad irreal. No sé qué me sucedía. Todo era inquietante, misterioso, tenebroso casi.

Y entonces fue cuando me di cuenta de *aquello*.

Usted, usted, usted, al llegar aquí, empezarán a pensar que me he vuelto loca. No hace falta que esperen a verme entrar en la Ciudad de los Muertos. Pensarán que me he vuelto loca *ahora*. Pero yo sólo explico lo que me sucedió, lo que capté con mis sentidos. Y lo que captaron estaban bien claro. Mi olfato no me engañó: era olor a muerto.

¿No me creen? Bueno, tal vez deba explicarme mejor.

No era el hedor de un cadáver en corrupción, que yo no hubiera resistido. No era algo que ofendiera los sentidos, pero sí algo que los ponía en estado de alerta.

Era como ese olor a cerrado que acompaña siempre a la muerte. Como un leve, como un levísimo, un casi insignificante hedor que mis sentidos captaron sin embargo.

¡Y venía de él!

¡Procedía del hombre que me acompañaba!

Me estremecí.

El debió notarlo, porque volvió la cabeza.

—¿Qué te pasa? —musitó.

—Nada...

—Me ha parecido como si estuvieras molesta.

—No, no... Era una tontería.

—¿Cómo te llamas?

—Linda. ¿Y tú?

—Robert.

No hablamos más.

Llegamos al vestíbulo principal de la estación, y allí él se despidió.

Me tendió la mano, pero yo fingí no haberla visto. La ignoré

deliberadamente.

Sé que hacía mal, que cometía una injusticia.

Pero de repente aquel hombre me *daba miedo*...

—Ya has llegado —me dijo—. Ahora, adiós.

—Adiós. Y gracias.

Volvió la espalda.

Vi su figura atlética, sus movimientos ágiles mientras se alejaba. Y de repente el miedo y aquel olor tan especial cesaron. Me di cuenta de que había sido una tonta. De que me había portado mal con él. Alcé levemente una mano y estuve a punto de llamarlo.

Pero al fin me contuve.

—¿Lamarlo? ¿Para qué?

Me senté en uno de los bancos de la gran sala de espera.

Consulté mi reloj. Era la una menos cuarto. Aún faltaban unos quince minutos para que abrieran la sección de equipajes y yo pudiera empezar a acomodarme en aquel tren que parecía no ir a marchar nunca.

Encendí un cigarrillo y me puse a fumar voluptuosamente.

Deseaba que el tabaco desterrara aquel olor casi insignificante, sutil, que yo retenía en mi olfato como con la memoria recordamos algún suceso.

De pronto noté que alguien se había sentado cerca.

Miré de soslayo.

Pero no me inquietó. Era todo lo contrario del hombre que trata de hacerse el interesante ante una mujer sola. El tipo que se había sentado cerca más bien parecía dispuesto a pedir una limosna. Llevaba un turbante como si fuera un indio, pero era más americano que yo. Mascaba chicle desganadamente. Tenía los ojos perdidos en la lejanía.

Dejé de mirarlo.

Al fin él arrojó el chicle que estaba ya más gastado que un pedazo de piedra en un río y me miró con ojos suplicantes.

Me dijo algo incomprensible.

—¿Qué quiere? —pregunté en inglés.

—Si pudiera ofrecerme un cigarrillo... —murmuró con dificultad, como el extranjero que hace un gran esfuerzo para hablar un idioma que no es el suyo.

—¿Por qué disimula? —murmuré—. Apostaría a que usted ha

nacido en el mismo San Francisco. Vamos, hable normalmente. No se martirice.

Él sonrió ladinamente, pero con tristeza.

En el fondo debía ser un viejo granuja.

—Sí, nací en San Francisco —dijo—, pero la gente sólo se impresiona ante las cosas exóticas.

—¿En qué idioma me hablaba antes?

—En hindú.

—¿De verdad era hindú?

—Bueno, no estoy seguro... En el fondo es un idioma que he inventado yo mismo.

—¿Para impresionar a la gente?

—Pues... sí.

Le ofrecí todo mi paquete de cigarrillos.

—¡Oh, gracias... gracias...! ¿Pero por qué lo hace?

—En el fondo me es usted simpático.

—¿Por qué?

—Somos un poco iguales. Dos muertos de hambre, me parece.

—Yo sí que lo soy. Pero usted no va mal vestida.

—En la Universidad hay que guardar las apariencias.

Le di fuego también.

—¿A qué se dedica usted? —murmuró.

—Ya ve... Trato de hacer creer a la gente que soy un mago indio.

—Pero no le va bien.

—No, ni pizca.

—Lo siento. La gente ya no cree en esas cosas.

—Se equivoca. En las naciones supercivilizadas es donde hay más idiotas. Donde la gente vive tan mecanizada que no piensa. Sigue las consignas de la televisión unas horas y las otras horas hace lo que sus jefes le mandan. Bah... Un mundo corrompido y absurdo. Si yo pudiese ir de verdad a la India, me sentiría feliz.

Le miré con más atención.

—Vaya... Resulta que es usted un filósofo.

—No, nada de eso... Soy un tipo al margen de la sociedad. Cuanto más uniforme y mecanizada es ésta, más extravagantes parecen los tipos que se apartan de ella. Bueno, pero como le decía... Éste es el país de los falsos profetas, de los sacerdotes de

religiones extrañas y recién inventadas, de los adivinos... Por eso pensé, hace años, que adivinando el porvenir a la gente me ganaría la vida. Pero resulta que no; la verdad es que me muero de hambre.

Reí con ganas, olvidando mis pesadillas anteriores. Aquel tipo me resultaba más simpático cada vez.

—Claro... La gente sabe que miente —dijo.

—Al contrario, la gente se asusta.

—¿Por qué?

—Porque digo la verdad.

Me sorprendí.

Y yo misma reconozco que me asusté un poco, porque había algo extraño, inquietante, en su mirada.

—¿Dice la verdad? —musité.

—Sí. Un mal día me di cuenta de eso. Empecé queriendo ser un farsante, y lo terrible es que no lo soy. Lo malo es que hay algo en mí que me hace averiguar cuál es la vida y cuál será la muerte de las personas. Y no puedo mentir. ¡Ojalá pudiera! En cuanto veo la verdad, hay una fuerza misteriosa que me impulsa a decirla.

Hice un mohín.

—Todo eso es comedia —dije—. Quiere impresionarme. Trata de hacerme entender que es un mago de verdad, muy a pesar suyo, para que yo le haga adivinarme el porvenir y así ganarse unas monedas.

—Se equivoca. No trato de adivinar ya ningún porvenir. Estoy cansado, ¿sabe? Cansado de todo.

—Perdone; no he querido ofenderle.

—No, no me ofende... No se preocupe por mí. He vivido muchas veces situaciones como ésta. Estoy acostumbrado a que la gente me rechace... ¿Usted no sabe lo que quieren los clientes que suele tener un adivino?

—Pues... pues no. Jamás he ido a ninguno.

—Quieren que les digas las cosas bonitas. A nadie le gusta oír hablar de las turbiedades de su pasado. Y a nadie le agrada saber que va a morir, sobre todo si es verdad.

—¿Usted adivina eso?

—Yo, amiga mía, soy un desgraciado. Sólo adivino catástrofes. Nunca he sabido, por ejemplo, a qué caballo hay que apostar para hacerse millonario en las carreras. Pero en cambio adiviné que un

cierto avión de un vuelo «chárter» iba a irse al diablo, y cuando el desastre ocurrió el dueño de la compañía, que era el alcalde de la ciudad, me hizo expulsar[1]. Fue mi primer «éxito» en la profesión. Desde entonces me ha ocurrido otras veces. Por ejemplo cuando advertí a los agentes de una compañía de seguros que no ampliaran la póliza a cierto cliente porque moriría dos días más tarde. No se la ampliaron y, en efecto, murió. La compañía de seguros no me dio ni un níquel, pero en cambio los herederos del difunto, que se hubieran hecho millonarios sin mi intervención, me rompieron tres costillas. En fin, es una facultad la mía, se lo aseguro. Por ejemplo, usted misma...

Me estremecí.

No sé por qué, pero volvía a sentir miedo. El mismo miedo sutil, impalpable que había sentido ante Robert.

—¿Qué pasa conmigo? —musité.

—¿Quiere que se lo diga? —ofreció.

—¡Qué tontería! Va a pedirme dinero.

—Le juro que no. Aunque me lo diese no lo aceptaría.

—¿Qué ha visto entonces en mí?

—Pues...

Reaccioné.

—No, no... Más vale que no me lo diga —pedí nerviosamente.

—No se preocupe; no es nada malo. Sólo es algo que leo en sus ojos y que no tiene demasiada importancia. A cualquiera le puede suceder.

—¿Qué es? —musité.

—Lo más sencillo del mundo —susurró el falso hindú—. Acaba usted de ver a un muerto.

Cerré los ojos.

Mis rodillas temblaban espantosamente. Menos mal que estaba sentada. De lo contrario yo creo que hubiera caído.

No había visto a un muerto desde bastantes años antes. No, no lo había visto a menos que...

Recordaba aquel extraño, aquel impalpable olor.

Rememoraba mi sensación anterior.

Un miedo terrible, mortal, me llegó hasta el fondo de los huesos.

El hombre musitó:

—¿Pero qué le pasa?

No le contesté.

Me puse en pie insensiblemente, sin saber lo que me ocurría.

Y caminé insensiblemente hacia el fondo de la estación, hacia las tinieblas, quizá hacia el fondo misterioso de mí misma.

CAPÍTULO III

A la una me presenté en el furgón de equipajes. El empleado sonrió al verme, y su mirada, como casi siempre ocurría con todos los hombres, voló hacia mis piernas igual que un pájaro que quisiera hacer un nido en ellas.

—¿Qué desea, señorita?

Le mostré la documentación.

—Oh, ese cadáver... Sí. Ya lo tenemos dispuesto.

—¿Dónde?

—En ese otro furgón. Va solo, porque han pagado mucho dinero para el traslado. ¿Usted lo acompaña?

—Sí.

—Tiene billete de primera clase hasta Nueva York. Puede ir tranquilamente al vagón número uno. No ha de hacer nada, excepto controlar el bulto en las estaciones que desee. Con esta documentación, el empleado de servicio le abrirá el furgón siempre que se lo pida.

—Gracias, quisiera verlo ahora.

—¿Cómo no?

Y me acompañó.

Era el vagón contiguo. Se trataba de un vagón metálico, pintado de blanco y rojo como todos los demás. Abrió mediante una llave especial y dejó franca una puertecilla. Yo pasé al interior.

Resultaba enorme.

Por eso producía un efecto tan increíble aquel cajón solitario, aquel cajón de madera con una cruz negra pintada encima y colocado en el suelo desnudo, sin que hubiera nada más en torno suyo.

El empleado murmuró:

—¿Correcto?

—¿Cómo sé que es el de la persona que me encargaron

transportar?

—¿Conocía a esa persona?

—No —dije.

—Pues entonces no resolverá nada. Pero la documentación es correcta, y el número del «bulto» aparece especificado muy claramente. Véalo usted misma: el 41. Y la fecha de hoy. De todos modos, si quiere echar una mirada al cadáver, puede hacerlo.

—¿De qué modo?

—Muy sencillo. Venga.

Nos acercamos los dos a la enorme caja.

Yo sentía que mi corazón latía desacompadadamente, no sabía por qué. Era absurdo pero no podía evitarlo. Vi cómo el empleado se inclinaba.

La tapa del enorme cajón de madera podía alzarse moviendo un resorte. Y la levantó. Debajo apareció la tapa de un ataúd de lujo, de acero, que tenía otra cruz y una fecha.

Era la fecha de dos días antes, sin duda aquélla en que se produjo la muerte.

Él empleado hizo bailotear una llave en su derecha.

—Esto se lo daré a usted —dijo.

—¿La llave?

—Exacto. Es la que abre el ataúd, debe usted llevarla. La entregará en su destino, ¿comprende? ¿Quiere que abramos?

Asentí con un gesto de cabeza, un movimiento tan débil que apenas se debió notar.

—¿Pero qué le pasa?

—Nada —susurré.

—Da la sensación de haber visto un fantasma.

—Perdóneme, pero...

—Sí, claro, lo comprendo. Todo esto es nuevo para usted.

—Lo es.

—Si quiere no abrimos...

—Por favor, hágalo.

El introdujo la llave en una cerradura muy bien disimulada que había a un lado del ataúd.

—De todos modos nada hay tan normal como un muerto —dijo

—. Por desgracia todos llegaremos a serlo algún día.

Y giró la llave.

Me estremecí de nuevo.

No, no había nada de anormal en la caja de cinc que apareció debajo de la tapa de acero, herméticamente soldada por exigirlo así las normas sanitarias. No había nada de anormal en la mirilla por la que podía distinguirse el rostro del cadáver. Todo era normal excepto en una cosa.

Una sola cosa terrible, fantasmal, que me helaba materialmente la sangre en las venas.

Porque el rostro del hombre que yacía bajo la mirilla era... ¡era el mismo del que me ayudó en el bar! ¡Era el rostro de Robert, con el que yo había hablado apenas una hora antes!

Bruscamente recordé la profecía del falso hindú. Me acordé de aquel olor tan especial. Me acordé de todo y sentí que el vagón daba vueltas en torno a mi cabeza.

Esta vez sí que mis rodillas no pudieron resistirlo.

Caí pesadamente sobre el suelo metálico. Como un fardo.

CAPÍTULO IV

Cuando recuperé el sentido tuve la sensación de que algo vibraba bajo mi cuerpo. Pero era una vibración suave, como la de un tren en marcha. Y eso era lo que sucedía exactamente. El tren había empezado a marchar. Percibía el levísimo traqueteo sobre los raíles, que la gran velocidad hacía casi insensible.

No me encontraba mal.

Sólo sentía la boca terriblemente seca.

Abrí los ojos y vi que estaba tumbada en una especie de camilla.

Un hombre a quién reconocí, pues era el empleado que me guió en el furgón, estaba inclinado sobre mí. Otro más viejo permanecía a unas yardas de distancia.

Me habían puesto una manta sobre las piernas.

Y estaba en un departamento que debía ser algo así como el botiquín de urgencia.

El empleado me dio un cachetito en la mejilla.

Pero se notaba que hubiera preferido dármelo en otros muchos sitios.

—Vaya... —dijo—. Ya vuelve en sí.

El otro se acercó.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Nada y mucho. Se ha asustado al ver un muerto.

—Quizá no esté habituada.

—Pues no es una niña.

Yo asistí impotente a aquel diálogo, sintiendo de todos modos que cada vez aumentaban mis fuerzas.

—Su presión es correcta —dijo el hombre que estaba al fondo—, y su corazón late normalmente. No comprendo cómo ha podido estar sin sentido casi una hora. Bueno, amiga mía, ¿quiere un trago de ron?

Accedí.

Cuando hube bebido, la garganta me abrasó. Estuve tosiendo ridículamente durante un rato que me pareció interminable. A los dos hombres aquello les debió parecer muy divertido, porque se pusieron a reír.

—Bueno, esto ya está mejor.

—Ya se anima.

Me ayudaron y me puse en pie. Por una ventanilla podía ver unas luces lejanas que debían ser las de los arrabales de San Francisco, los cuales dejábamos atrás. La noche se hacía más espesa y más negra cada vez. Calculé que rodábamos a ciento cincuenta por hora.

El primer empleado dijo:

—Le he destinado un departamento con cama.

—Sólo llevo billete de primera.

—Pero para la noche tiene derecho a litera. Le hemos preparado un sitio donde nadie la molestará. ¿Quiere venir?

Accedí también.

—Son ustedes muy amables —musité.

—No cuesta nada; el tren va con poca gente. Es en el departamento contigo.

Agradecí el que no me preguntaran nada sobre las causas de mi desmayo. Estoy segura de que no hubiese sabido contestarles. El empleado que iba delante mío abrió una puerta y me encontré en un «single» o sea un departamento de coche cama para una persona sola.

—Eh... ¿qué le parece?

—No sé cómo agradecerérselo.

—No piense en eso; usted tiene los nervios un poco... bueno, un poco alterados. Lo que le conviene es descansar. Mañana ya veremos.

Comprendí que al día siguiente aquel departamento «single» estaría quizá vendido y yo no podría dormir en él; tendría que trasladarme a los departamentos colectivos de literas que formaban parte del tren. Pero eso no me importaba; al fin y al cabo era lo que había aceptado al empezar el viaje. Esta noche, en cambio, agradecía el estar sola. Lo agradecía infinitamente...

Quise dar una propina al empleado.

Él no la aceptó.

—Yo aceptaría de usted otra cosa —dijo—, pero no quiero ni mencionarlo.

Y se alejó poco o poco, esperando que lo mencionara yo.

Pero no lo hice.

Una es una chica decente, ¿saben?

Por mucho que la gente se fije en mis piernas, y aunque yo las cruce agresivamente de vez en cuando, nadie tiene derecho a pensar otra cosa.

El caso fue que me encerré en el departamento, me desnudé y me tendí en la litera.

Sentía una grata sensación de bienestar, de seguridad. Allí no podía ocurrirme nada. Nadie podría entrar por la ventanilla cerrada yendo además el convoy a ciento cincuenta por hora. Ni tampoco podría entrar por la puerta —que me había encargado de asegurar bien— sin que yo le abriese.

San Francisco iba quedando cada vez más lejos. San Francisco y sus misterios sin sentido.

Pronto se desvelaría ante mis ojos el Oeste, el Oeste inmenso y salvaje, donde todo ocurre a la luz del día y donde las cosas son verdad.

No sé por qué, este pensamiento me consoló.

Tenía la sensación de que, en cuanto nos alejáramos de las grandes ciudades, las cosas iban a ser distintas.

Y así se me fueron cerrando los ojos, mientras la fatiga me dominaba. Y me fui quedando dormida.

Debíamos haber entrado ya en las tierras secas de California, dejando atrás las apacibles líneas de la costa cuando aquello sucedió. Al principio tuve la sensación de que soñaba.

Luego las cosas se fueron concretando. No, no soñaba, y además no ocurría nada especial. Simplemente, alguien estaba llamando con los nudillos a mi puerta.

Me desperté del todo, sentándome en la litera.

Por entre los resquicios de la cortinilla penetraba una levísima luz, lo que indicaba que en algún punto del horizonte se insinuaba ya el amanecer. Dentro del departamento, sin embargo, todo seguía siendo oscuro e íntimo.

Lo primero que pensé fue que venían a echarme de allí.

Alguien debía haber alquilado aquel departamento en una

estación intermedia y deseaba ocuparlo. Bueno, fue eso lo único que se me ocurrió en aquel momento.

De modo que no me hice de rogar y abrí la puerta. Para encontrarme con algo, mejor dicho con alguien que me heló la sangre en las venas.

Era Robert. Era el hombre del ataúd que estaba ante mí y me miraba fijamente.

CAPÍTULO V

No sé si alguno de ustedes lo habrá experimentado; en todo caso no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Pero hay momentos en que una persona no tiene fuerzas ni para huir, ni para pedir socorro.

Mis pies estaban clavados en el suelo.

El olor indefinible se desprendía nuevamente de él. Me pareció que mi corazón se paralizaba. Vacilé y entonces todas mis energías me abandonaron. Caí hacia atrás.

Recuerdo confusamente que quedé sentada en la litera. Como no llevaba pijama, porque mi maletín con las cosas estaba en otro sitio, debía ofrecer a los ojos del hombre una figura algo... Bueno, digamos que algo sugestiva. De un modo mecánico, guiada por un instinto en el que no reflexioné, me cubrí hasta la cintura con las ropas.

El entró entonces, cerrando cuidadosamente.

—No se intranquilece —dijo—. No he venido a hacerle ningún daño.

Intenté respirar.

No podía.

Él tuvo el acierto de permanecer callado y de tratar de sonreír mientras yo me serenaba. Su sonrisa fue cordial y amistosa. Se me ocurrió pensar, no sé por qué, que un hombre que sonreía de aquella manera ni podía estar muerto ni pensaba hacerme daño alguno.

¡Pero sin embargo yo lo había visto en el ataúd! ¡Le había visto por mí misma!

—No haga caso de las apariencias —dijo, como si hubiera adivinado mis pensamientos.

—¿Quién... es usted? —Logré balbucir.

—Le he dado antes mi verdadero nombre. Me llamo Robert.

—Pero... —Mi voz se quebró y sólo logré añadir—: ¡Dios santo!

—Sí, ya sé, me ha visto antes en el ataúd.

—Quizá era... un hermano gemelo.

—No, no... Nada de hermanos gemelos. Era yo mismo.

—Entonces esto es...

—No es nada sobrenatural. Por favor, escúchame. Está hablando con una persona, viva y que no trata de hacerle el menor daño. ¿Quiere escucharme?

Asentí con la cabeza.

—Verá, insisto en que no estoy muerto. ¿Quiere tocarme?

—No.

—Sigue teniendo miedo...

—Sí.

—En el caso de que viera aquel ataúd lo comprendería. Todo está preparado. Puede abrirse desde dentro con mucha facilidad.

—¿Y cómo respira?

—Hay un pequeño orificio a un lado, por el que se expulsa el aire viciado. Para renovarlo, dispongo de una botella de oxígeno situada a mis pies. Antes de terminar el viaje deberá cambiarse, pero eso es cuenta mía.

Sus explicaciones sonaban a lógicas, a pesar de lo anormal de la situación. Al menos a mí casi llegaron a convencerme. Con una voz delgada y que no parecía la mía, susurró:

—¿Por qué hace todo eso?

—Para huir.

—¿De Alcatraz?

Casi lanzó una carcajada. De repente sus facciones se animaron y adquirieron una especie de alegría.

—No sea tonta. En Alcatraz ya no hay presos. Está cerrado... No soy tampoco un delincuente. Soy un abogado que se ganaba la vida en San Francisco. No llevaba camino de hacerme rico, pero iba tirando... Y de pronto...

Se llevó una mano a la frente. Yo casi me incliné hacia él.

—De pronto... —añadió—, querían matarme.

—¿Por eso huye?

—Sí. Deseo desaparecer sin dejar huellas. Trato de que no encuentren mi pista jamás.

—¿Quiénes?

—Los que desean acabar conmigo, naturalmente.

—¿Y quiénes son?

—No lo sé... Le juro que no lo sé.

Aquel hombre me infundía confianza, no sé por qué. Le veía incluso más asustado que yo. Debía ser un hombre sencillo, quizá un hombre bueno. Por lo pronto ya me había convencido de que no se trataba de un cadáver, lo cual disipaba todas mis pesadillas.

—Quizá pueda ayudarle —dije—. Será más fácil si repasamos los acontecimientos.

—Sí... Tal vez sea mejor.

—En primer lugar, ¿quién era el hombre que me contrató para el traslado?

—Algo así como mi jefe. El presidente de la firma de abogados para la cual trabajo.

—¿Y qué pretendía?

—Ayudarme, sólo ayudarme. Él está enterado de la situación.

—Entonces, ¿por qué no avisó a la policía?

—Hubiera sido peor.

—No lo entiendo. Los abogados están acostumbrados a tratar a la policía. Trabajan con ella frecuentemente. ¿A qué viene ese recelo?

—Llegó un momento en que yo ya no sabía dónde estaban mis enemigos. Los mismos miembros de la policía podían intentar acabar conmigo. Por eso me dije que lo mejor era desaparecer una larga temporada.

Le miré de nuevo con desconfianza.

—¿Algún asunto sucio? ¿Algún ajuste de cuentas de alguien a quién engañó?

—No... De ningún modo. Si cree que hay algo turbio en mi pasado, se equivoca. Nunca he intervenido en asuntos sucios. La firma de abogados en la que trabajo se dedica fundamentalmente a cuestiones bancarias y de Bolsa. Lo que me ocurre nada tiene que ver con mi profesión.

—¿Pues entonces con qué...?

Él se señaló a sí mismo.

—Con mi cara.

—¿Qué... dice?

—Quieren matarme porque tengo esta cara.

—Es absurdo. Lo que dice no tiene sentido.

—Ya lo sé... Pero la raíz de lo que ocurre está en mi cara. Hace poco mataron a un muchacho en San Francisco. Se parecía a mí... Lo curioso y estremecedor fue que no quisieron estropearle para nada el físico. Fundamentalmente quisieron que su cara se conservase intacta.

No sé por qué, pero me estremecí.

Aquello me parecía más macabro que una muerte vulgar. Me sonaba tan inexplicable como una pesadilla.

—¿Y cómo lo mataron?

—Lo ahogaron en una bañera —susurró.

—Dios mío...

—Entonces decidí huir. Mi jefe dijo que me ayudaría. Tampoco era partidario de avisar a la policía para no provocar un escándalo que perjudicaría a la firma. Ideó lo del muerto trasladado de San Francisco a Nueva York para que así me evaporase.

—¿Y los certificados de defunción y de embalsamamiento?

—Eso es fácil de conseguir... pagando.

—¿Y ese especial olor que se desprende de usted? Es algo sutil, casi imperceptible, pero...

—Lo comprendo. Me gustaría cambiarme de ropa, créame, pero por el momento no puedo. Para que la cosa resultara más real tuve que pasar en la funeraria bastantes horas. Ese leve olor llegó a impregnarme. Lo... lo siento.

—No se preocupe; usted no tiene la culpa.

Miré mis manos, dándome cuenta de que ya me había calmado y de que estaban quietas del todo. Entonces farfullé:

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Lo primero que pretendía era calmarla a usted. La verdad era que, antes de embarcar en San Francisco, no tenía la menor idea de que usted iba a acompañarme hasta Nueva York. Mi jefe me había hablado de una mujer, pero sin especificar más. Cuando, por entre mis ojos entrecerrados, la vi a través de la mirilla del ataúd, hube de hacer el mayor esfuerzo de mi vida para no lanzar un grito. Entonces me prometí a mí mismo que hablaría con usted; me di cuenta de que la situación se iba a hacer insostenible.

—Es verdad; yo ya no sabía qué pensar.

—¿Le he quitado al menos el miedo que sentía?

—Sí, eso sí. ¿Pero cómo ha averiguado el departamento en que

estaba?

—En el restaurante comentaban su caso. Al parecer se ha producido un cierto revuelo en el tren, con su desmayo. Yo me muevo por aquí con cierta libertad, ¿sabe? El único empleado que me ha visto la cara, el que alzó la tapa del ataúd ante usted, ha bajado en una estación intermedia. Pero, como le decía, en el restaurante se comentaba el caso. Una mujer ha precisado que usted estaba en uno de estos departamentos. He llamado a dos antes que al suyo, pero en el tercero he tenido suerte.

Suspiré.

De pronto me parecía que todo iba a ser más fácil; incluso la aventura me parecía excitante. Me gustaba incluso. Le miré y dije:

—¿Qué va a hacer ahora?

—Simplemente viajaré hasta Nueva York. Como el ataúd va sólo en uno de los furgones, nadie puede entrar en él excepto usted. Por lo tanto nadie va a darse cuenta de que está vacío.

—Lo comprendo.

—Doy por descontado que ahora nadie me sigue la pista. De modo que, como llevo también billete de primera, viajaré normalmente hasta la costa atlántica. Espero que allí se disiparán muchas de mis preocupaciones, Linda.

Volvió a sonreír e introdujo la mano derecha en uno de sus bolsillos. La volvió a sacar con un fajo de billetes.

—Tome.

—¿Por qué me da esto?

—Me está ayudando mucho, y sin usted no podría seguir adelante. Quiero recompensarla de algún modo.

—No, de esa manera no. Ya me han pagado por mi servicio. Tengo lo suficiente para llegar a Nueva York, y una vez allí no necesitaré dinero.

—Insisto en que...

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Definitivamente no. Y ahora déjeme, Robert. No es razonable que esté en mi departamento.

Creo que ya he dicho que me había cubierto hasta la cintura. Y es verdad. Pero ustedes ya saben —o al menos sospechan, pobrecillos— que de cintura para arriba una mujer también tiene bastantes cosas. Y todos esos detalles estaban al descubierto ante los

ojos de Robert, que he de reconocer procuraba no mirarme. Pero, vaya, la cosa estaba resultando demasiado larga.

Él lo comprendió.

—Nos veremos mañana, Linda —susurró.

Y salió, cerrando la puerta a su espalda.

Yo suspiré, mientras me cubría enteramente y me echaba en la litera. A pesar del aire acondicionado del departamento, sentía frío. Me desperecé voluptuosamente.

¿He de explicar que todos mis temores se habían disipado? ¿He de aclarar que, hasta bien entrada la mañana siguiente, dormí como una bendita?

CAPÍTULO VI

Durante todo el día siguiente las cosas marcharon bien. Casi diría que iban a la perfección.

El viaje resultaba excitante, divertido.

La primera vez que fui a California lo había hecho en avión, con billete reducido, y ya se sabe que desde el avión una no ve gran cosa del país. En cambio ahora era distinto. El Oeste legendario, inmenso, se extendía y se desarrollaba ante mis ojos. Atravesábamos las llanuras peladas de Nuevo México, distinguiendo al fondo montañas agrestes. Aquélla era la tierra de la sed de los viejos pioneros, de los desesperados, de los pistoleros que tiñeron aquella ruta con su sangre. ¡El Oeste! No sé por qué me sentía un muchacho sediento de aventuras. Con gusto hubiera tomado un caballo en lugar de aquel tren. Me dominaba una salvaje, una embriagadora sensación de libertad.

Mi miedo había desaparecido.

Hasta me parecía divertido todo lo ocurrido hasta entonces. Así, cuando llegara a Nueva York, tendría una estupenda aventura que contar.

Hasta que llegamos a aquel pueblo.

No recuerdo su nombre, no quiero acordarme.

Hasta que las ruedas del tren empezaron a chirriar, empezaron a arañar los raíles, a detenerse lentamente.

Con Robert nos habíamos visto en el restaurante dos veces, pero sin hablarnos. Tácitamente él parecía dar por aceptado un hecho: no convenía que le vieran conmigo, para no comprometerme por si aún le perseguía alguien.

Yo también lo comprendí así.

No cambiamos una palabra, pero sí algún guiño de complicidad. Confieso que todo aquello me divertía. Confieso que no sabía una

palabra aún de la Ciudad de los Muertos.

Hasta que de pronto el tren empezó a detenerse.

Lo recordaré toda mi vida. Faltaba muy poco para llegar a una de esas sórdidas estaciones perdidas en el paisaje en las que los grandes expresos no se paran nunca. Sin embargo, el nuestro se detuvo. Vi el porche de la estación, donde apenas había unas pocas personas. Vi dos molinos de agua. Vi también unas casas mitad blancas, mitad ocre, como la llanura pespunteada de colinas pedregosas que se extendía ante nuestros ojos.

La cabeza del tren no llegó a la estación, lo que aún hacía más extraña la parada.

Robert palideció.

Fue él quien se dirigió al empleado que acababa de entrar en el vagón restaurante.

—¿Qué ocurre?

—Nada de importancia. Una pequeña avería en el tren de ruedas de uno de los vagones. Estará reparada enseguida.

—¿Cómo la han descubierto? El tren marchaba normalmente.

—Hay un tablero de control en el departamento del maquinista —respondió el empleado—. Si hay fallos en cualquier lugar del convoy, el tablero avisa.

—Ah... Comprendo.

—Si desean bajar a estirar las piernas, aprovechen la ocasión. Tardaremos una media hora.

Todo el mundo aceptó, porque la gente ya empezaba a estar harta del encierro en el tren. Robert me consultó con la mirada, y yo hice un signo afirmativo.

Descendimos los dos por separado, pero a poca distancia uno del otro.

El viento frío nos dio en la cara.

En las casas del pueblo empezaban a encenderse algunas luces, a causa del crepúsculo. Varias de ellas anunciaban bares. También había hasta un *dancing*. Unos cuantos indios vestidos a la manera occidental, miraban desde el porche el convoy, como sus antepasados debieron observar los primeros trenes de la Union Pacific: con una mezcla de asombro, de recelo y de odio.

Robert se aproximó a mí.

—¿Quieres beber algo?

—Claro que sí... Me sentará bien vivir media hora fuera del tren. Ya empezaba a estar cansada de tanto encierro.

Nos dirigimos a un bar. A pesar del aspecto inhóspito que desde lejos tenía la pequeña ciudad, ésta era acogedora cuando se llegaba a su centro. Bebimos un *gin-fiz* largo, mientras escuchábamos unos discos. Las personas que nos miraban debieron creer que acabábamos de hacer amistad en aquel momento. Creo que transcurrió así un cuarto de hora.

Entonces susurré:

—Más vale que volvamos al tren.

—¿Por qué tanta prisa?

Reí.

—¿Y si lo perdemos con ataúd y todo?

—Valdría la pena, ¿no crees?

—Pero yo he cobrado por *llevarte* hasta Nueva York.

—No te preocupes; me llevarás. No pienso despegarme de ti.

Y reímos los dos.

He de reconocer que Robert me parecía un muchacho franco, simpático. Tenía una cara agradable. Y yo no comprendía que quisieran matarle precisamente *por aquella cara*.

Al fin decidió que yo tenía razón.

—Vamos —dijo—. Regresaremos dando una vuelta.

Nos internamos por el pueblo. Éste, fuera del núcleo central, estaba formado por casas viejas y medio ruinosas, buena parte de las cuales procedían de la época de la colonización. Pero a mí me parecía embriagador aquel ambiente, me parecía como si nos hubiéramos trasladado a otra época.

Hasta que ocurrió aquello. Hasta que de pronto nos encontramos no con otra época, sino con toda la eternidad.

CAPÍTULO VII

El primer golpe lo recibí yo. Fue un golpe en la nuca que me dobló como una muñeca rota. Caí pesadamente mientras lanzaba apenas un gemido, y mis ojos se nublaron. Con ellos llegué apenas a vislumbrar la figura de Robert, que se doblaba también. Tuve la sensación de que acababa de recibir un golpe similar, quizá más fuerte. El caso fue que los dos caímos pesadamente a tierra.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí así.

No... Creo que no podré recordarlo nunca.

Pero al recobrar el sentido me enfrenté a aquella cosa sin nombre, a aquella cosa horrible.

Abrí los ojos poco a poco.

Me dolía horriblemente la nuca.

Comprendí que habíamos sido arrastrados al interior de una casa, porque la agresión tuvo lugar en una calle solitaria. El caso era que ahora nos encontrábamos en el interior de una pieza lóbrega, oscura, en el centro de la cual ardía una hoguera. Sobre ella había un enorme bidón que en otro tiempo debió contener alquitrán o aceite. El bidón despedía humo por su parte superior, pero sin olor alguno. Sin duda allí dentro hervía agua.

No veía a Robert por parte alguna.

Quise ponerme en pie y caí.

Mis piernas me fallaban.

Pero mi inteligencia estaba despierta, y empecé a comprender algunas cosas. La primera de ellas que la casa debía estar abandonada. La segunda, que aquella hoguera ya debía hallarse encendida cuando nos metieron en el interior, porque las llamas tenían una gran potencia, y yo no debía haber permanecido sin sentido demasiado tiempo. Comprendí también que aquel bidón de agua hirviendo tenía algo que ver conmigo.

No sé de dónde saqué las fuerzas.

El caso fue que conseguí ponerme en pie. Me acerqué al borde superior del bidón. El vapor me hizo lagrimear, pero vi perfectamente lo que había dentro.

Ojalá no lo hubiera visto nunca.

Porque a partir de entonces mi vida quedó marcada, porque supe que ya nunca más volvería a ser la misma.

Robert *estaba dentro*.

Muerto.

Pero en sus facciones se reflejaba una mueca de terrible impotencia, una huella de terrible dolor.

Le habían arrojado al agua hirviendo.

Sencillamente le habían hervido.

En cierto modo *sin dañar su rostro*.

Todo empezó a dar vueltas en torno mío. Sentí una terrible náusea. Me di cuenta de que iba a caer sobre las llamas, y, cosa extraña, eso no me importó. Tenía deseos de morir. Había llegado a ese extremo en que la vida es como una pesadilla de la que uno desea escapar de algún modo, aunque sea arrojándose en brazos de la muerte.

Sí, definitivamente iba a caer.

Y en ese momento me sujetó una mano.

CAPÍTULO VIII

Me agarró por la espalda.

Evité que yo cayera, o sea, que aquella mano me salvó la vida en cierto modo. Y sin embargo nunca he sentido tanto horror como cuando la vi.

Estaba completamente vendada de blanco.

Era como la mano de un hombre herido, quemado tal vez.

Sentí que los latidos de mi corazón se paralizaban.

No sé de dónde saqué fuerzas para volverme poco a poco.

El hombre que estaba a mi espalda iba bien vestido, pero también tenía la cara completamente vendada. Era como una momia. Los vendajes blancos le cubrían por entero y sólo dejaban libres unos resquicios por dónde me miraban sus ojos diabólicamente negros.

No supe qué hacer.

Lo único que puedo decir era que me fallaban las fuerzas y no podía huir. Creo que, si llega a soltarme aquel hombre, no hubiera conseguido andar ni dos pasos.

Pero no me soltó.

Con voz metálica, que surgía deformada desde detrás de los vendajes, murmuró:

—Apártese.

Como yo era incapaz de obedecer, tiró de mí y me separó él mismo.

—Ahora vuelva al tren —dijo.

—Pero... pero, Robert...

—Sabía hasta su nombre, ¿eh?

—Habíamos hecho... una cierta amistad.

—Olvídese de él.

Fui a chillar. Fui a decir que estábamos en un país civilizado. Quise proclamar a gritos que ya había terminado la época de las

brujas.

Pero él pareció adivinarlo.

Silabeó:

—¿Quiere que le ocurra lo mismo que a él?

Negué con la cabeza. Estaba muerta de terror. Sólo al pensar en Robert se me helaba la sangre y se me crispaba la garganta.

—Entonces olvídense de lo que ha visto. Y continúe su viaje. Siga, si no quiere morir.

Asentí lentamente.

Si de alguna cosa podía estar segura era de que aquel tipo no hablaba en broma. Además, no debía encontrarse solo. Me parecía distinguir algunas sombras confusas en el interior de la casa.

—Salga —bisbiseó—. Salga.

Lo hice, o mejor dicho, traté de hacerlo.

No sé ni cómo pude llegar hasta la puerta.

El aire frío me despabiló. Me volvió a la vida. Escuché el pitido del tren como un naufrago debe oír en la noche la sirena de un barco que se acerca.

Me pareció que en cuanto llegara hasta él estaría salvada.

Y corrí, corrí como una loca.

La gente me miraba con curiosidad. De pronto me encontré sentada en uno de los taburetes del vagón-cafetería, pidiendo un doble de *brandy*. Lo bebí ansiosamente y luego me puse a toser como una tonta. Claro, era natural.

El camarero me miraba extrañado.

—¿Le ocurre algo, señorita?

—Nada... nada absolutamente.

—Parece asustada...

—Es que no me siento bien.

—Si quiere que llame a un médico... Seguro que hay alguno entre los viajeros.

—No se preocupe... Mis dolencias me las conozco yo misma mejor que nadie. ¿Sabe si vamos a partir enseguida?

—Estamos en marcha ya.

En efecto, el tren había arrancado con tanta suavidad que no me había dado ni cuenta. Pero la miserable estación de la llanura estaba desfilando ante mis ojos asombrados, desde el otro lado de la ventanilla.

Me sentí salvada.

Pensé que sólo por dejar atrás aquel pueblo, cuyo nombre ignoraba, no podía ocurrirme nada malo.

Pagué y volví poco a poco a mi sitio.

Cerré los ojos, mientras sentía bajo mi cuerpo el traqueteo confortable que indicaba que el tren seguía en marcha.

Pero poco a poco fui reflexionando. Aunque seguía inmersa en aquella maldita pesadilla, lo cierto era que mi cerebro se despertaba. Empezaba a ligar algunos cabos.

Y un par de cosas fundamentales aparecían en mis pensamientos.

Primera cosa fundamental: la avería del tren no había sido fortuita, sino provocada.

Segunda cosa fundamental: todo estaba dispuesto en la pequeña población. En la casa abandonada, encendieron la hoguera y llenaron el bidón de agua, para que hirviese, mientras nosotros bebíamos y escuchábamos música en el bar.

Eso indicaba que el hombre de la cara vendada había venido también con nosotros durante el viaje.

Y yo no le había visto las facciones. ¡Podía ser cualquiera!

¡Cualquiera que estuviese junto a mí!

Mi garganta se crispó y estuve a punto de lanzar un grito mientras alguien me rozaba levemente.

—Señorita...

Alcé la cabeza, con los ojos desorbitados.

Ni siquiera el ver que se trataba de uno de los empleados del tren me tranquilizó.

—¿Le ocurre algo?

—No, no me sucede nada.

—Perdone, ¿pero usted no es la señorita que se encarga de custodiar un cadáver hasta Nueva York?

—Sí, soy yo misma.

—Creo que ha perdido esto.

Me daba algo metálico. Estaba tan aturdida que ni siquiera lo reconocí.

—¿Qué es?

—Por Dios, ¿y lo pregunta? Las llaves del ataúd. Ha debido perderlas hace poco.

—¿Dónde estaban?

—Caídas en mitad de un pasillo.

Cerré los ojos.

—Dios mío... —farfullé.

—Éste no es un encargo que le vaya bien a usted, señorita.

—No, no lo es.

—Transportar un muerto... ¡Vaya trabajito!

—Quiero verlo —dije.

—¿Ver qué?

—El cadáver.

—Le aseguro que nadie se lo habrá llevado —dijo el empleado—. ¿Para qué va a pasar por el mal trago de contemplarlo?

—De todos modos, quiero ir.

Un pensamiento me torturaba. Me habían quitado las llaves en la casa donde mataron a Robert, y luego las habían arrojado a un pasillo de modo bien visible, para que un empleado las encontrara y me las devolviera. Me las habían quitado para...

Pero pronto saldría de dudas.

Avanzamos por el pasillo.

El tren surcaba ahora la noche como una flecha de plata.

Nos envolvían las tinieblas. Los hombres que mataron a Robert podían haber hecho cualquier cosa, aprovechando la oscuridad de la llanura, mientras el resto de los pasajeros ya estaban en el tren. Eran gente hábil, capaces de desarrollar su plan en cuestión de segundos.

Atravesamos un par de vagones y llegamos al del ataúd. Todo parecía intacto. El empleado y yo nos acercamos.

—¿De verdad quiere abrir? —musitó.

—Se lo ruego.

Tomó las llaves de mis manos y abrió primero el cajón de madera y luego el ataúd de acero. Todo funcionó normalmente. Ante mis ojos apareció la tapa de zinc con la mirilla.

Y debajo estaba Robert.

Le habían cerrado los ojos y alisado las facciones, pero aún conservaba aquella especie de mueca de horror.

Ahora a mí ya no me cabía duda de que estaba muerto.

Iba a trasladar de verdad su cadáver hasta Nueva York. La pesadilla se había convertido en una sucia, en, una sórdida, en una

insoponible realidad.

Yo era como una sombra de mí misma. No sé ni cómo me sostenía en pie.

—Cierre —supliqué al empleado.

Y, cuando lo hubo hecho, volví a mi asiento. A partir de ese mismo momento empezó como una época de mi vida que no puedo ni quiero recordar. Me transformé en una especie de fantasma, en algo que no vivía, que no sentía el paso del tiempo.

Estaba como drogada.

No sé ni cómo llegamos a Nueva York. No sé el tiempo que transcurrió. Ignoro si estaba viva o si estaba ya muerta.

CAPÍTULO IX

Los bulliciosos andenes me hicieron despertar de lo que para mí era un maldito sueño. Alcé la cabeza y vi, de pronto, que la gente corría de un lado para otro, que se abrazaba, que llamaba a los maleteros, que deambulaba aprisa por los andenes, con ese especial ritmo de las grandes ciudades, y que liquidaba a un hombre en cincuenta años. Me pareció volver a la vida, pero como si al mismo tiempo la vida quedara muy lejos de mí. No sé explicarlo de otro modo. Los heridos de guerra que vuelven a la realidad en un hospital de campaña, deben sentir algo parecido. Avancé hacia la salida mecánicamente.

En un espejo vi mi rostro.

No parecía la misma.

Estaba ojerosa, pálida. Había adelgazado. Aquel aspecto de chica sana que tanto atraía a los hombres, había quedado atrás. Ahora era como una sombra.

No me había dado cuenta del tiempo transcurrido.

¿Había comido? ¿Había dormido? ¿Había hecho esas cien pequeñas cosas diarias que hacen un ser normal?

No lo sabía. Imposible recordarlo.

Pero al menos estaba viva y acababa de llegar a Nueva York. Un condenado sueño estaba a punto de disiparse. Ahora sólo me faltaba el último y macabro detalle.

Entregar el cadáver.

Era de suponer que alguien se haría cargo de él.

Fui hacia el furgón. Noté que la puerta estaba abierta, y que junto a ella se hallaban un empleado y un hombre desconocido, vestido de negro, con ese aspecto lúgubre forzado que tienen todos los empleados de las funerarias.

Me fijé rápidamente en sus dimensiones. No, no podía ser el hombre vendado. Aquél, el asesino, era más alto y delgado.

El empleado se quitó la gorra.

—Buenos días, señorita. La esperábamos.

—¿Quieren sacar él... él...?

—Hay que hacer la entrega.

—Sí, claro.

—¿Tiene las llaves?

—Sí.

Pero no las entregué.

—Vamos, démelas —dijo el empleado—. ¿Por favor, a qué espera?

—Necesito saber quién es este hombre.

El de la funeraria se sobresaltó.

—¿Yo? ¿Quiere Saber quién soy yo? ¿Pero es que no se fía? Pertenezco a la acreditada y antigua Funeraria Barrow, señorita. Cien años de servicio a nuestros clientes sin ninguna queja. Cien años depositando fiambres, digo cadáveres en las más perfectas condiciones. Aquí tiene mis credenciales. Por cierto, también le daré una tarjeta. Guárdela. Puede necesitarla, ¿quién sabe? Hacemos rebajas para los muertos que vengan por parejas. Precios especiales para matrimonios. Bonificaciones a partir del tercer muerto anual en una misma familia. Más bonificaciones para los menores de dieciocho años. Leves recargos para los domingos y días festivos. Entierros gratis para nuestros clientes que decidan morir el Día de Acción de Gracias.

La verborrea de aquel tipo me mareaba.

Llegué a sentir una especie de náusea.

Pero no me cabía duda de que era realmente el empleado de una funeraria, o más bien un comisionista. Una leve ojeada a su documentación me acabó de convencer. Era correcta.

—Bien —dijo el empleado, sonriendo—. ¿Nos dará las llaves ahora?

—Sí, claro que sí.

Las entregué.

Subimos los tres al furgón, y vi el siniestro cajón en el centro de éste. Lo abrieron ante mis ojos. Yo sentí como si fuera a ahogarme, porque temía recibir otra brutal sorpresa.

Pero no ocurrió nada; es decir, no sucedió nada que yo no supiera ya.

El cadáver estaba dentro.

La única diferencia consistía en que sus facciones se habían estirado y, en cierto modo, dulcificado incluso. Toda expresión de agonía se había borrado de ellas. No se apreciaba aún el menor signo de descomposición. Pensé que el hecho de que hubiera sido materialmente hervido —recuerdo que aún me llenaba de horror—, debía haber influido en ello.

Los dos hombres notaron que algo extraño me ocurría.

El de la funeraria balbució:

—¿Qué le pasa?

—Nada... Es que no me siento bien.

—Afortunadamente este trabajo ha terminado para usted. ¿Por qué lo hizo? ¿Para viajar gratis?

—Sí.

—Muchos estudiantes emplean el mismo sistema. ¿A qué universidad pertenece?

—A la de Berkeley.

—En fin, esto ya está liquidado. Tome. Aquí tiene un recibo acreditando que me ha hecho entrega del cadáver. A partir de este momento no debe preocuparse de nada más.

Pero yo no me tranquilizaba.

Me preocupaba por una razón muy concreta, y que se resumió en la sencilla pregunta que le hice:

—¿A dónde lo llevan?

—Pues... no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

El de la funeraria se encogió de hombros con un gesto perfectamente profesional. Estaba claro que aquello a él le importaba muy poco.

—Debe haber instrucciones en la central. En todo caso, ése ya no es asunto mío. Ni suyo, señorita. ¿Quiere un consejo? Olvídese de esto. Se le nota en la cara que el viaje no ha sido agradable para usted.

Hizo una inclinación de cabeza y me acompañó hasta la puerta.

Noté que querían sacarme del furgón.

—Yo estorbaba.

Salí como una sonámbula y me encontré en los andenes. Me asombró el que todos los de aquella parte ya estuvieran casi

absolutamente vacíos. Después de la llegada del tren, la gente ya se había evaporado hacia sus ocupaciones, hacia sus problemas de cada día. Anduve hasta la salida y caminé por las calles. Parecía una muerta. No recordaba apenas nada de mi ciudad natal.

No sé cómo me encontré en la parte baja de Broadway. La debilidad que sentía me hizo meterme en un pequeño *snack* frecuentado por agentes de Bolsa y tipos de los que se ganaban la vida —o trataban de ganársela— en Wall Street. Tuve que recordar a la fuerza el bar en que había entrado en San Francisco, al otro lado del país. Fue la noche en qué conocí a Robert. Aquella noche extraña, inexplicable, que marcaría mi vida.

Mientras comía mecánicamente una hamburguesa y bebía mi segunda taza de café, traté de poner en orden mis ideas. Y lo primero que noté fue que aquello no concordaba.

Robert tenía que haber llegado vivo a Nueva York. Entonces, ¿para qué hacía falta una funeraria?

Seguramente él pensaba que el ataúd lo sacaría algún amigo suyo, contando con mi complicidad. Para eso me había hablado en el tren y me lo había contado todo. En cambio, la intervención de una auténtica funeraria resultaba una cosa muy distinta... A menos que el tipo a quién había conocido en la estación fuera un amigo de Robert. Pero en caso de serlo se habría sorprendido al hallarse con un auténtico cadáver, mientras que, por el contrario, encontrar un fiambre le había parecido lo más natural del mundo.

Para eso estaba allí, claro.

Bebí mi tercera taza de café.

Seguramente, Robert contaba con un plan para salir de la estación, una vez llegáramos a Nueva York, pero no había tenido tiempo para darme cuenta del mismo.

A la funeraria Barrow, en cambio, la habían llamado los asesinos. Le había avisado el hombre de la cara vendada. Y en ese caso, ¿qué querían hacer con el cuerpo de Robert?

No lo entendía.

Por eso cuando salí del *snack* era otra vez una sonámbula. El escaso alimento ingerido había coloreado mis mejillas, pero seguía teniendo el alma como muerta.

Tomé un taxi y fui a mi vieja casa, en el Bronx, para ver a mi hermana enferma.

Al fin y al cabo, ése era el motivo de mi viaje a Nueva York.

Lo demás sería mejor que lo olvidase.

Pero no podía.

Aunque tuve la suerte de encontrar a mi hermana ya casi restablecida, no recobré los ánimos por ello. Traté de disimular, de mostrarme alegre, locuaz. No sé si lo conseguí. Mi aspecto físico no engañaba; todos notaron que yo pasaba por una profunda crisis.

Pero lo achacaron a algún desengaño sentimental, o quién sabe si algo peor, como, por ejemplo, una frustración sexual. El caso fue que tuvieron la cortesía de no hacerme preguntas.

Recuerdo aquellas horas como si no hubieran existido nunca.

No sabía lo que me ocurría. No me daba cuenta ni dónde estaba. Había perdido la noción de la realidad.

De pronto la recobré. Me encontré a mí misma al estar sola, como sucede tantas veces en la vida.

Recuerdo que me había tendido en la cama de la que fue mi habitación antes de trasladarme a Berkeley. Miraba la ventana, a través de la cual se filtraba la luz violeta del crepúsculo. Era el mismo paisaje que vi durante mi niñez, aquel paisaje que en otro tiempo me pareció que era el único que existía en el mundo. Las ventanas todas iguales, la torre de una iglesia, el viejo rascacielos Becket, que pronto iban a derribar...

De pronto tomé una decisión.

En otro tiempo fui valiente para salir de aquel mundo sórdido en que había nacido. Trabajé para ir a la universidad. Me elevé desde aquella sima.

Tenía que seguir siendo valiente y llegar hasta el final de aquella maldita aventura en que estaba metida.

Dije que salía a hacer unas compras y lo que hice, en realidad, fue dirigirme a la cabina de un teléfono público. No quería llamar desde casa. Me puse en comunicación con la funeraria Barrow.

Pregunté por el empleado que había retirado aquella mañana un cadáver en la estación Grand Central, a la llegada del expreso de San Francisco.

Tuvo la suerte de que aún estuviera allí. Y reconocí su voz enseguida.

Él también reconoció la mía, porque lanzó una especie de carcajada.

—¿Qué? ¿Está más animada ya?

—Un poco.

—Yo creí que había decidido olvidarse de su fiambre particular. Le di un buen consejo, ¿sabe? ¿A qué pensar en muertes cuando una es joven y bonita?

—Es que tengo un problema. En la estación no se lo expliqué todo.

—¿Ah, no...?

—Yo conocía al muerto. Conocía a Robert. Por eso quise acompañarle hasta Nueva York, aparte la necesidad de que el viaje no me costará un níquel.

—Comprendo. ¿Y qué puedo hacer yo?

—Decirme adónde ha ido el cadáver. Yo vivo habitualmente en Nueva York, ¿sabe? Y quisiera poder depositar algunas flores cada año, en su aniversario.

—Desde luego... ¡ejem...! Es un deseo muy razonable. El caso es que no sé exactamente adónde le han llevado.

—¿Usted no lo sabe?

—No se extrañe. La acreditada funeraria Barrow hizo de intermediaria. Nos encargaron recoger el bulto en la estación, pero luego vinieron otros y se lo llevaron.

—¿A dónde?

—Debían ser gente de dinero —contestó evasivamente él.

—¿Por qué dice eso?

—Por el sitio donde lo trasladaban. Demonios, no puede ir cualquiera allí. Cuesta una fortuna.

—¿Qué sitio es ése? ¡Por favor, dígalos de una vez!

—Creí que lo conocía.

—No, no lo conozco. Y los familiares de Robert no me dijeron nada.

—Bueno, pues en ese caso, pregunte allí... La atenderán gustosamente. Cobran caro, pero al menos son gente amable.

—¿A qué sitio se está refiriendo?

Carraspeó.

—A la ciudad de los Muertos, naturalmente —terminó diciendo. El auricular tembló en mi derecha.

La ciudad de los Muertos... Era la primera vez que oía aquel nombre.

No sé ni cómo tuve fuerzas para salir de la cabina.

CAPÍTULO X

Para que muchos de ustedes entiendan lo que voy a contarles a continuación, para que el resto de mi historia no les parezca increíble, es necesario que conozcan algo fundamental y, al mismo tiempo, muy sencillo: en Norteamérica todas las cosas han de ser negocio o no existen. Es un negocio la guerra y es un negocio, también, la paz. Son un negocio las enfermedades, en torno de las cuales se ha montado una industria fabulosa. Y, por descontado, es un negocio, también, la muerte.

En muchos países, en la mayoría de ellos, cuando una persona fallece ya deja de ser interesante en el sentido monetario. Lo único que hay que hacer con ella es enterrarla y en paz. Las honras fúnebres, las exequias, las ceremonias, resultan más baratas o más caras. Normalmente dependen del municipio, y en algunos lugares del Estado, no constituyen propiamente una industria.

En Estados Unidos es distinto.

Las familias ricas pueden elegir entre una gama inmensa de posibilidades para *su* cadáver. Las compañías privadas de pompas fúnebres se disputan el fiambre y ofrecen servicios a veces extravagantes. Los embalsamadores, los fabricantes de ataúdes especiales, hasta los ministros de religiones recién inventadas, están esperando que usted se muera para poder cambiar de coche.

Pero nada tan original, tan completo como la ciudad de los Muertos.

Nada tan consolador desde el punto de vista humano y tan terrible en el aspecto espiritual, desde el punto de vista de nuestro último destino en este mundo.

Pero ¿qué es la ciudad de los Muertos?

Yo iba a averiguarlo aquella misma noche.

Síganme si pueden. Porque aquí comienza de nuevo el hilo roto de mi historia.

Tomé un taxi en la avenida Siete.

El trayecto iba a ser largo. Debía atravesar el río por el puente de Manhattan y llegar a Brooklyn. Bordear completamente el distrito hasta alcanzar una zona llamada Battersea. Allí estaba radicada una institución que, en la guía telefónica, figuraba con el nombre de «Piedad y Amor».

Pero era la ciudad de los Muertos.

Antiguamente, en Battersea parece que hubo un bosque. Debe ser verdad, porque algunos árboles aún se conservan, y hasta dan la sensación de que en algunos puntos se tocan unos a otros, de que forman un verdadero bosque. Esos árboles rodean completamente la ciudad de los Muertos, que está en el centro, ocupando el sitio que necesitarían, aproximadamente, cuatro cuadras de casas.

Ustedes pensarán que para cementerio eso es muy pequeño.

Pero es que no se trata de un cementerio en el sentido estricto.

Ya me comprenderán cuando se lo explique.

El caso fue que el taxista puso mala cara cuando le indiqué que deseaba ir allí. Eran ya las diez de la noche. Crucé las piernas y entonces el tipo dejó de poner mala cara. Acomodé el espejo retrovisor. A partir de ese momento dejó de prestar atención a la ruta, y si no nos matamos en cada esquina fue porque Dios no quiso.

Atravesamos el Hudson y nos adentramos en Brooklyn.

La circulación era muy escasa. La gente de Nueva York vive de día, no de noche, excepto en una reducida área cercana a Broadway, la calle Cuarenta y Dos y Times Square. Brooklyn, que en realidad es una ciudad-dormitorio, parecía completamente desierta. Por eso es más extraño que yo no notara hasta el último momento que alguien nos seguía.

La verdad era que estaba muy distraída y hundida en mis pensamientos.

Sólo cuando noté que cada vez que girábamos lo hacían también los faros que teníamos a nuestra espalda, me di cuenta de que no habían dejado de vigilarme y de que ahora iban en mi seguimiento.

Grité al chófer:

—¡Vaya más deprisa!

—¿Por qué, nena?

—Nos vienen siguiendo...

—No querrán comérsela, ¿eh?

—No lo sé... ¡Trate de despistarlos! ¡Tendrá una buena propina si lo consigue!

Ignoro lo que debió imaginar aquel tipo acerca de la «propina», aunque en verdad no es tan difícil imaginarlo. Debió suponer que cobraría en especie. El caso fue que dio gas a fondo y condujo como un verdadero diablo durante casi dos millas, hasta convencerse de que todo era inútil. El coche que nos seguía estaba cada vez más cerca. La posición de sus faros hizo comprender al taxista que aquello no tenía ninguna posibilidad de salir bien.

—Fíjese... un «Jaguar» inútil tratar —murmuró—. Los faros muy bajos... Es europeo. Nos pasará cuando quiera. Es de despistarle, se lo aseguro.

—Pero...

No pude decir más.

En aquel momento, como si hubiera sido una señal, el «Jaguar» nos adelantó. Se cruzó velozmente en la calle solitaria, de casas bajas y tranquilas, cerrándonos completamente el paso. El taxi, que era un «Dodge» amarillo, hubo de frenar en el último segundo para no topa con él.

Mi amigo, el que esperaba propinas suculentas, saltó a tierra.

—Pero ¿qué hace? —grité—. ¿Está borracho?

La respuesta vino en forma de cañón de pistola clavándose en su estómago. El hombre alzó los brazos lentamente.

Había palidecido mortalmente.

Temió que sucediera lo peor, que le dejaran seco allí mismo.

Del «Jaguar» habían descendido tres hombres. No conocía a ninguno de ellos. Pero, por su aspecto, me hubiese jugado la piel a que eran matones de los bajos fondos.

El de la pistola murmuró:

—Lárguese a pie, amigo. Y recuerde que encontrará su taxi incendiado si se queda a menos de media milla. En cambio, si se porta bien y se va bien lejos, lo encontrará mañana en este mismo distrito y con la recaudación intacta. De modo que... ¡arreando!

El taxista no se hizo de rogar.

No le quedaba opción, de modo que se largó por el camino más fácil. Unos segundos después se había perdido de vista, dejándome a mí sola en compañía de los tres gorilas.

Yo también intenté ir por el camino de en medio.

Salté del taxi y corrí a toda la velocidad que mis piernas me permitían. Pero tenía dos graves inconvenientes: los tacones altos y la falda estrecha. No llegué muy lejos.

Cuatro manos cayeron de pronto sobre mi cuerpo. Cuatro manos que sabían muy bien por dónde sujetarme. Me avergoncé de ser una mujer joven, me avergoncé de muchas cosas. Mientras uno me tapaba la boca los otros se aprovecharon al máximo, en tanto me arrastraban hacia el taxi.

Cuando estuve de nuevo en él, uno se sentó a mi lado.

Puso una mano en un sitio donde ésta debía sentirse muy cómoda, y con la otra sostuvo el revólver que me apuntaba entre los senos.

Otro de los gorilas se puso al volante del taxi y arrancó. El tercero nos siguió en el «Jaguar».

Comprendí que querían llevarme a un sitio más solitario.

No traté de gritar, porque hubiera sido inútil. Aparte de que nadie me hubiese oído, Nueva York es una ciudad completamente inhumana en ciertos sentidos. Ya la pueden a usted violar en plena calle. Nadie abrirá la ventana para enterarse de lo que pasa.

Me llevaron al sur de Brooklyn, a un callejón sin salida cuyo nombre no recuerdo ahora. Tampoco he querido recordarlo jamás, ésa es la verdad. En él no había más que grandes y silenciosos almacenes que no abrirían en toda la noche. Un cartel indicador del tráfico señalaba que aquello era zona de carga y descarga.

Estaba como en el desierto de Gobi.

Nadie me prestaría ayuda en aquel lugar, hicieran lo que fuera conmigo.

Temí lo peor.

Mis labios temblaron espasmódicamente cuando el tercero de los individuos detuvo el «Jaguar» y se acercó al taxi, entrando también en él.

Los asientos eran extensibles. Aquello podía resultar para mí algo peor que la muerte.

Por el momento se limitaron a ponerme los nervios de punta. Comenzaron mirándome de arriba abajo.

—No está mal, ¿eh?

—Tiene bonitas piernas.

—Y cintura estrecha.

—Y unas caderas que de estrechas no tienen nada.

—¿De qué color lleva el ligero?

—Negro.

—¡Qué lástima! ¡Yo no se lo he visto!

—Pues no sabes lo qué te has perdido, muchacha.

—Me dejaréis recuperar el tiempo, ¿eh?

—Sí, hombre, lo que quieras.

No me cabía duda acerca de lo que me iba a suceder antes de que me mataran. Y me sentía perdida.

Hundí la cabeza sobre el pecho y me puse a llorar silenciosamente.

No sé lo que otra mujer hubiera hecho en mis circunstancias; no sé si hubiera luchado con las uñas, con los dientes. Yo no tenía fuerzas para nada. Lloraba en silencio mientras sentía que las lágrimas quemaban mis mejillas y llegaban hasta mi boca.

De pronto una mano se abatió sobre mí.

Lo hizo para golpearme, para volverme la cara del otro lado.

Mi cabeza fue hacia la derecha.

Allí tropezó con otra mano.

Entonces mi cabeza fue hacia la izquierda.

Una tercera mano se encargó de pegarme a medio gas. Es decir, me dejó al fin la cabeza centrada, mirando hacia el frente.

—Así está mejor: quietecita y mirándonos.

Los tres tiburones me devoraban con los ojos, pero no sé por qué, tuve la alentadora sensación de que las cosas habían cambiado. De que aquellos buitres tenían la orden de respetarme.

El que me amenazaba con la pistola alzó el cañón. Y me obligó a mirar por la ventanilla.

—¿Has visto esos almacenes? En ninguno de ellos hay nadie; nos bastaría forzar una puerta, cosa sencilla, para disponer de un local amplio y cómodo. Podríamos divertirnos contigo toda la noche.

Dejó una pausa, para captar el efecto que aquellas palabras habían producido en mí. Yo estaba aterrorizada; no respiraba siquiera.

—Pero vas a tener una última oportunidad —dijo aquel tipo—. La última, recuérdalo bien. Tú vas a estarte quietecita en tu casa. Vas a olvidarte de lo que sucedió en el tren que te trajo desde San

Francisco. Vas a olvidarte de que existe la Ciudad de los Muertos.

Hice un gesto de asentimiento.

—Por mi gusto haría contigo una cosa muy distinta —dijo devorándome con los ojos—, pero nos han dado orden de que te devolvamos intacta. Y te vamos a dejar aquí para que regreses, pero con esta última advertencia: no habrá próxima vez, muñeca. Si tratas de repetir lo que has hecho esta noche, ocurrirá lo que has pensado. *Todo* lo que tú has imaginado, pequeña.

Alcé la cabeza.

Me daba cuenta de que no hablaban en broma. Y de que incluso corría el peligro de que desobedecieran las órdenes del que les había alquilado y dejaran que se desmandasen sus instintos. Era preciso salir cuanto antes de allí, necesitaba desesperadamente huir.

—¿De acuerdo?

Dije que sí. Dije que sí dos veces.

—Pues no lo olvides ni un instante. Y ahora fuera.

Abrí la portezuela. Fui a salir.

Los tres buitres movieron las manos a la vez. Demostraron hasta el último instante que les había parecido bonita.

Cuando volví a caminar, ya libre, por las calles solitarias de Brooklyn, aún lloraba de humillación y de miedo. Lloraba, sobre todo, de vergüenza.

Me horrorizaba pensar en lo que estuvo a punto de suceder. Y en lo que aún ocurriría tal vez, ya que aquellos tres gorilas conocían mi dirección y seguirían uno a uno todos mis movimientos.

Cuando regresé a casa no por eso me sentí salvada. Lloré silenciosamente sobre la cama. Lloré como no había llorado nunca.

CAPÍTULO XI

Creo que transcurrieron dos días. Ahora, de memoria, me es imposible precisarlo.

Fueron dos días neblinosos, grises, muertos. Apenas salí de mi habitación. Miraba por la ventana a la calle, creyendo que me vigilaban. Pero si lo hacían obraban con mucha cautela, porque nunca noté nada anormal.

Al tercer día tomé una decisión: era arriesgado, pero explicaría a la policía todo lo que sabía. Los de la Metropolitana me protegerían, sin duda alguna. Evitarían que me ocurriese nada malo.

Pero hubo algo que me hizo cambiar de decisión en el último momento.

Fue la llegada de Nick.

No he hablado de Nick hasta ahora, y por eso creo que debo hacerlo. Nick era uno de mis antiguos compañeros de la escuela superior. No lo había visto en mucho tiempo. Nick venía a decirme que ya era un flamante detective privado y que tenía una oficina recién abierta en la zona baja de Manhattan. En parte por amistad y en parte por interés comercial, visitaba a todas sus relaciones para que le tuvieran en cuenta a la hora de solucionar algún asunto.

Pero lo que menos podía esperar era que el asunto se lo encargarse yo tan inmediatamente.

Porque me había dado una repentina idea.

¿No sería buena solución el tratar que un detective privado siguiera la pista al cadáver de Robert? Así no se enteraría nadie más que yo. Y tendría datos de primera mano para cuando hiciera la denuncia ante la policía.

La verdad fue que me pareció una idea muy sensata.

Y aún creo que lo era.

Para eso están los detectives privados, para los asuntos vidriosos en que resulta arriesgado o difícil ir a la policía.

Y se lo encargué.

Siempre recordaré cómo miraba él mis rodillas, cuando me senté ante él, y sobre todo cuando crucé las piernas.

Yo siempre he sido una maestra en eso de cruzarlas piernas. Creo que usted ya se habrá ido dando cuenta.

Nick aceptó el encargo.

Y aquella misma noche se dirigió a la ciudad de los Muertos, dispuesto a obtener su primer éxito profesional. En realidad creo que todo le pareció muy sencillo.

Y tal vez lo era. Tan fácil como morir.

Creo que, al llegar aquí, debo decir, en líneas generales, cuál era el plan de Nick.

Se trataba de preguntar en la administración de la poderosa organización funeraria. Sin mencionar, claro, el nombre de Robert. Deseaba saber lo que ocurría con los cadáveres llegados desde el exterior y sin haber sido embalsamados todavía.

Eso le daría una primera pista. Desde allí partiría para las nuevas investigaciones.

Acordamos que a la mañana siguiente me visitaría para darme cuenta de cómo habían marchado las cosas.

Pero al día siguiente no me visitó. Ni volvió a verme nunca.

Comprendí que había llegado el momento de que me enfrentara definitivamente, ya sola, con la ciudad de los Muertos.

CAPÍTULO XII

Me explicaré.

Ustedes ya saben que había intentado ir allí. Saben también cómo acabó, cuando aquellos tres gorilas hijos de perra me acosaron en el taxi e hicieron lo que quisieron con sus manos, aunque no se atrevieron a ir más lejos.

Ustedes habrán supuesto también que a la ciudad de los Muertos podía ir cualquiera. Era un negocio, más concretamente un negocio funerario. Nada más natural para un hombre como Nick que presentarse allí. Nada más lógico para mí.

Pero yo no podía ir.

A mí me conocían.

Serían capaces de matarme si notaban que insistía en averiguar el destino dado al cadáver de Robert.

Pero resolví hacerlo.

Decidí jugármelo todo a una carta.

No sé si ustedes llegarán a hacerse cargo de mi situación moral. Pero estaba seguro de que, si Nick había muerto, si le había sucedido algo, yo era la responsable. Por eso resolví llegar hasta el fin.

Y lo hice aquella misma noche.

Fui a pie para convencerme de que nadie me seguía.

Luego tomé el «metro» en Times Square. Cambié de estación y de línea varias veces. Hice todo lo posible para estar segura de haber despistado a cualquier perseguidor.

Al fin me sentí tranquila en ese sentido.

Ahora no iban tras mis huellas.

¿O tal vez intentaban dejarme entrar tranquilamente en la ciudad de los Muertos para liquidarme allí?

Era muy posible, pero de todos modos seguí adelante. Quería llegar hasta el fin. Quería meterme en el fondo negro del túnel,

tocar las paredes del infierno.

Pronto estuve ante los restos del bosque.

Un sendero enarenado llevaba hasta la puerta de la ciudad de los Muertos. Era un camino amplio, para que por él pasaran los coches de turismo y las grandes y lujosas furgonetas fúnebres. Pero yo no seguí por allí, porque me hubieran localizado enseguida. Simplemente atravesé el bosque.

Ya he comentado antes lo singular que resultaba aquel bosque en un núcleo urbano tan apretado como Brooklyn.

Pero todo era propiedad de la ciudad de los Muertos. Ningún árbol había sido talado en cien años, desde que el fúnebre establecimiento se fundó.

Mientras me acercaba con el corazón encogido, como una sombra más entre las sombras, iba recordando algunos detalles relativos al siniestro lugar al que me acercaba.

Primitivamente aquello fue un cementerio público. Pertenecía al distrito de Brooklyn, pero hacia 1870 los dueños del terreno ganaron un pleito contra la Junta Municipal de Nueva York. En virtud de la sentencia, el terreno volvió a considerarse propiedad privada, y por tanto nadie más tuvo derecho a efectuar inhumaciones allí. Los dueños incluso hubieran podido «expulsar» a los muertos, caso de haberlo deseado.

Pero no ocurrió nada de eso. Simplemente el cementerio siguió abierto, aunque en plan de negocio particular.

Los que deseaban ser sepultados allí, tenían que pagar elevadas sumas.

Las tumbas empezaron a ser distintas. El ambiente también. Todas las técnicas relativas a la conservación de los cadáveres se aplicaron en aquel lugar que ya empezaba a ser llamado la ciudad de los Muertos.

Y allí estaba ahora yo.

Pero ignoraba a quién pertenecía.

No sabía quién mandaba ahora en aquel pedazo de tierra que estaba en el mismísimo Brooklyn, pero que parecía separado de nuestro planeta por millones y millones de años luz.

De pronto me encontré ante la verja.

Tuve un sobresalto y mi corazón pareció dejar de latir, mientras mis rodillas temblaban.

La verja era muy alta; estaba hecha de hierro y bronce. En un frontispicio, en letras que parecían de oro, podía leerse: «Piedad y Amor».

Aquél era el nombre normal de la institución, pero yo sabía que solamente era eso: un nombre.

Me acerqué.

La verja era demasiado alta para poder saltarla, y por otra parte no me atrevía a entrar por la puerta; hubiera sido absurdo llamar. No podía permitir que me descubriesen.

Fui bordeando entonces el recinto.

Delante tenía la verja; detrás los árboles que cubrían y limitaban todo aquello.

Encontré al fin, en la parte posterior, una puertecilla que me pareció el lugar ideal para colarme allí.

Debía ser una entrada de servicio, cosa natural porque allí trabajaba mucha gente.

Embalsamadores, embellecedores, carpinteros, fundidores, sepultureros, pintores, empleados administrativos, especialistas en hornos crematorios.

Sí, todo ése era el personal habitual de la Ciudad de los Muertos.

Y yo iba a formar parte de ella, iba a penetrar en sus entrañas negras.

Empujé la hoja metálica.

Estaba abierta, sin duda por la sencilla razón de que allí también se trabajaba de noche.

Más allá, en el sendero enarenado, había una casita con una luz. Mis ojos, que son excelentes, me permitieron distinguir más allá de la ventana una serie de cosas propias de una oficina más bien triste: un funcionario con una gorra, un reloj marcador, un cuadro para las tarjetas de los que iban fichando.

El tipo leía el periódico. No se había dado cuenta de nada.

Naturalmente, yo no pasé por delante de la garita.

Avancé silenciosamente por el césped, perdiéndome hacia las sombras y avanzando siempre en dirección al interior del recinto.

Entonces fui descubriendo cómo era.

La parte externa, la que limitaba con la verja, estaba casi enteramente cubierta de viejas tumbas.

Eran las propiedades de los antiguos ocupantes del cementerio, y

cuyos herederos debían haber ido pagando religiosamente a lo largo de casi un siglo.

Más allá las tumbas terminaban.

Y había verdaderas casas, casas como las de una ciudad. Chalets bellamente adornados y que gozaban de una iluminación perfecta. Coches estacionados en las aceras. Tiendas.

¡Incluso un cine!

¿Todo eso en una Ciudad de los Muertos? ¿Todo eso en un lugar adonde sólo se iba para el reposo eterno?

Me estremecí.

Pero si temblé fue porque no sabía el lugar en que me había metido. Ni ustedes tampoco.

Pronto lo sabremos todos.

Hagan un esfuerzo para seguirme. Hagan exactamente lo que yo entonces tuve necesidad de hacer.

CAPÍTULO XIII

Tenía la sensación de que cien ojos me vigilaban. Tenía la impresión —angustiosa e insoportable— de que había sido descubierta ya. Pero seguí avanzando.

Aquello era una auténtica ciudad, donde resultaba curiosa la mezcla de estilos. Por ejemplo había calles que recordaban las apacibles poblaciones del Oeste central. Otras recordaban las calles de Nueva York. Había incluso un rascacielos. Por último existía también un pequeño parque con un lago.

Cualquiera hubiese tenido la sensación de que estaba viviendo un sueño, y no digo una pesadilla porque, por ahora, nada de lo que mis ojos veían era macabro.

Me extrañaba que la gente no conociera más aquello. Que los periódicos no hubieran publicado reportajes acerca de un sitio tan extraordinario.

Aunque en el fondo no resultaba difícil comprender la razón de ello.

Allí sólo descansaban los multimillonarios, la élite de la gran metrópoli. Y esa gente siempre ha sido exclusiva. No les gusta que nadie meta las narices en sus asuntos. Quieren que «sus» lugares sean únicamente para ellos.

Por eso los administradores de la ciudad de los Muertos no permitían la entrada más que a un limitadísimo número de personas.

Y por eso no había sido concedida jamás una entrevista a la Prensa.

Me fijé, desde el sitio en que me hallaba ahora, en el edificio de la administración.

Estaba muy cerca de la puerta principal.

Hasta allí podía entrar cualquiera, preguntando datos o informándose de lo que quisiera. Nick planeó llegar precisamente

hasta ese lugar. Pero más allá ya resultaba muy difícil, a menos que se hiciera lo que estaba haciendo yo.

Noté que el pecho casi me hacía daño.

Sin darme cuenta había contenido la respiración.

Fui entonces hacia las zonas iluminadas.

Podían verme, y a partir de aquel momento me arriesgaba demasiado; pero aquellas zonas iluminadas eran la entraña de la Ciudad de los Muertos. Tenía que llegar hasta ellos si quería averiguar algo.

Tuve la sensación de que, mientras avanzaba, mi pulso había dejado de latir.

Todo volvía a parecerme un sueño.

Aquellas tiendas con las luces encendidas. Aquel cine cuyos anuncios de neón incluso guiñaban bajo la noche. Aquellos coches. ¡Y todo eso en medio de un silencio absoluto, sin que se oyera ni un rumor, ni el roce de un insecto!

Yo no lo comprendía.

Me di entonces cuenta de que todos los coches estacionados tenían unas cortinillas corridas. No se veía absolutamente nada del interior. Todas las tiendas, a pesar de que de ellas brotaba la luz, tenían los cristales esmerilados.

Es decir, no podía ver nada del interior.

Pero tras aquellos cristales se distinguían sombras. Sobre ellos había anuncios. Incluso en uno de ellos podía leerse: «*New Supermarket. Come in*». Es decir: «Nuevo supermercado. Entre». Detrás de la puerta se oía una leve música.

Era como en cualquier lugar, como en cualquier ciudad del mundo.

Pero el espantoso silencio que me envolvía crispaba los nervios de cualquiera.

Era como si la música, el único sonido que se llegaba a captar, procediera de otro planeta.

Vacilé.

Pero al fin comprendía que tenía que hacerlo, que tenía que llegar hasta el fin. Empujé la puerta.

No hubo dificultades, porque no estaba cerrada por dentro.

Vi lo que parecía un supermercado, pero pequeño. Se distinguían las mercancías en los estantes frigoríficos. Varias pilas

de botellas. Montañas y pirámides de fruta fresca, que parecía recién recogida.

Entré.

Intencionadamente miraba sólo aquellas pilas de fruta. *No quería mirar a otro sitio.*

Era como si una lucecita se hubiera encendido en mi interior. Como si algo me avisara.

No vuelvas la cabeza. ¡No lo hagas! ¡¡No lo hagas!!

Estaba como aturdida.

No sabía por dónde avanzaba.

Mi codo tropezó entonces con una gran pirámide de hermosas naranjas que estaba a mi izquierda. Eran naranjas grandes y jugosas, como las que yo había conocido en California. El choque hizo que varias de ellas se desparramaran por el suelo. Tuve un sobresalto.

Aquellas naranjas resbalaron por el suelo encerado y chocaron entre ellas como balones de fútbol o bolas de billar. Pero ninguna se abrió.

Comprendí entonces que eran de plástico. Ninguno de los alimentos exhibidos allí era natural. Las botellas tal vez. Pero lo demás era plástico teñido. Había entrado en un mundo irreal, donde las mentiras con sensación de verdad se conservaban eternamente.

Volví entonces la cabeza.

No había querido hacerlo hasta entonces porque un secreto terror me lo impedía, pero al fin la volví.

Lamenté no haberlo hecho antes, porque el hombre infundía confianza. Estaba sonriendo desde detrás del mostrador. Tendía la mano, que apoyaba en una estantería. Sus ojos me miraban cordialmente.

¡Por fin! ¡Por fin un ser humano!

¡Y éste no era un enemigo! ¡Éste parecía querer ayudarme!

Fue el impulso lo que me guió. Tendí la mano y toqué la del tendero, que llevaba una bata blanca con su nombre bordado en ella: «Binker».

De pronto el horror llegó hasta el fondo de mi sangre, hasta el fondo de mis huesos.

El frío de la muerte penetró en mí.

¡Aquella mano estaba helada!

¡Era la mano de un cadáver!

La retiré con tanta fuerza que, sin darme cuenta, le propiné un golpe. El brazo rígido lo transmitió como lo transmitiría la polea de una máquina. Todo el cuerpo se balanceó, perdiendo el equilibrio inestable a que había estado sometido durante años. Los finos hilos de seda que le sujetaban como un trágico polichinela, se rompieron. El cuerpo cayó sobre el mostrador.

La peluca resbaló. Los ojos, tan cuidadosamente ajustados, se movieron. Volvió a ser lo que realmente era: un pobre muerto que sólo podía pedir al destino una sola cosa: que lo dejaran descansar en paz.

Pero nuestro mundo moderno se ha complicado mucho. A veces ni eso es posible.

Mi grito debió repercutir en todos los rincones de la Ciudad de los Muertos. Me pareció que hasta las luces de neón temblaban. La puerta osciló.

Mis nervios vibraban como cuerdas rotas. Algo se estaba destruyendo, corroyendo en mi interior. El fantasmal recinto empezó a dar vueltas en torno a mi cabeza.

Me horrorizó pensar que yo podía caer allí, desplomarme junto al cadáver.

Tenía que huir. ¡Huir!

Y eso fue lo que hice.

Avancé hasta la puerta.

La abrí.

Para encontrarme con un hombre alto, rígido, y con una cara que conocía bien. Con una cara absolutamente cubierta de vendajes blancos.

CAPÍTULO XIV

Dos manos me empujaron, me obligaron a entrar de nuevo.

Eran manos también cubiertas de vendajes blancos. Eran como las manos de una momia.

Vacilé y estuve a punto de caer.

Pero —cosa que puede parecer extraña— la llegada del fantasma me había producido alivio, en lugar de causarme miedo.

Porque al menos era un ser vivo. Porque me libraba en parte de aquella espantosa sensación de muerte.

Mis nervios y mi cerebro funcionaron con más rapidez de la que yo misma esperaba.

El fantasma avanzó hacia mí.

Pero había descuidado la puerta, había dejado un hueco por dónde un cuerpo ágil como el mío podía pasar si tenía suerte.

Lo intenté. ¡Tenía que hacerlo!

Di tan fantástico salto que me extrañó a mí misma. Las manos vendadas vinieron a mi encuentro, pero ya no pudieron sujetarme.

Apenas unos segundos después yo ya había llegado a la puerta. Atravesé el umbral.

Entonces miré desorientada, no sabiendo adónde ir. No se veía a nadie. La ciudad seguía pareciendo lo que realmente era: un fabuloso cementerio, el más extraño, caro e inquietante cementerio del mundo.

El fantasma avanzó hacia mí.

No me cabía la menor duda: era el mismo que vi en aquella población perdida del Oeste. Era el que mató a Robert. Era el que me había avisado una vez para que no me acercara a la Ciudad de los Muertos, pero que ahora, puesto que lo había desobedecido, no tendría inconveniente en matarme a mí también.

Iba a hacerlo ya.

¡Estaba a dos pasos!

La perspectiva de lo que iba a ocurrir me horrorizó tanto que me dio nuevas fuerzas. Busqué algo que me permitiera huir y de pronto creí encontrarlo. ¡Los coches, los coches estacionados en la acera!

Llevé la mano hacia la puerta de uno de ellos.

¡Se abrió!

¡Era la salvación! ¡Con aquel coche arrollaría aunque fuera la puerta metálica por la que se salía de la Ciudad de los Muertos!

Fui a entrar.

Y de pronto, al inclinarme para pasar la cabeza, sentí una angustia tan terrible, un miedo tan espantoso que caí de rodillas.

Un hombre estaba al volante.

Había vuelto la cabeza hacia mí. O, mejor dicho, la tenía vuelta en la dirección por la que yo acababa de entrar. Sus ojos vidriosos me miraban fijamente. Sus labios me sonreían.

Pero yo ya sabía algo de aquella terrible, de aquella fantasmal ciudad. Conocía lo suficiente para que el horror llegara a mi garganta, a mi boca.

Lancé un chillido espantoso, mientras una arcada de angustia me llegaba hasta el fondo de las entrañas.

El cadáver estaba sujeto al asiento por un cinturón de seguridad, que lo mantenía en la postura deseada. Pero yo había hecho movimientos demasiado violentos, zarandeando casi el coche. El cadáver cayó a un lado. Su cabeza pareció separarse del tronco.

Me llevé las manos a la boca, chillando desesperadamente, gritando como una histérica.

Sabía que estaba perdida, pero ni siquiera trataba ya de evitarlo.

Me había resignado a morir.

En ese momento las manos cayeron sobre mí. Me sujetaron con fuerza, brutalmente, salvajemente.

CAPÍTULO XV

Dentro de lo poco que mi cerebro regía en esos terribles momentos, me di cuenta de que no eran sólo las manos vendadas del fantasma las que me estaban sujetando. Había otras. Por lo menos tres o cuatro hombres me tenían inmovilizada a la vez.

Resbalé fuera del coche, hasta quedar sentada en el suelo.

Creo que me dolían hasta los huesos. No tenía fuerzas ni para ponerme en pie.

Los otros tiraron de mí. Reconocí aquellas manos por su forma insolente, audaz, de sujetarme. Los dedos buscaron todas las curvas de mi cuerpo. Cuando al fin estuve en pie manoteé inútilmente, tratando de apartarlos de mí. Entonces las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas.

Había reconocido a aquellos tipos.

Eran los mismos del taxi, los que me asaltaron aquella noche en Brooklyn e impidieron que yo llegara a la Ciudad de los Muertos.

El hombre de la cara y las manos vendadas estaba detrás.

Él era quien dirigía mi captura, pero no me tocaba.

Las rendijas dejaban que se insinuara el brillo maléfico de sus ojos. Los vendajes tapaban también su boca, por lo que por fuerza la voz tenía que resultar disimulada. Pero de todos modos la oí claramente:

—Llevala al pabellón C.

—Sí, jefe.

—¡Claro! ¡Y en brazos!

—¡Menuda fierecilla! Pero tiene la piel suave como una tigresa.

—Basta de tonterías —habló de nuevo el fantasma—. Os pago para que trabajéis. No me interesa la opinión que tengáis sobre la piel de esta estúpida.

—Ya le dijimos que volvería. Nos pareció una obstinada.

—Debimos haberla liquidado entonces.

—No me interesan vuestros consejos. Lo único que quiero es que la llevéis al pabellón C.

—De acuerdo, de acuerdo...

—Enseguida, jefe.

Aquellos tres buitres, simple carne de presidio de la que se puede alquilar con facilidad en los barrios bajos de Nueva York, tiraron de mí.

Me arrastraron a lo largo de aquella calle espectral, entre las tiendas con las luces encendidas, entre los coches aparcados y con las cortinillas corridas, detrás de los cuales yo ya sabía lo que había. Detrás de los cuales estaba el más mudo, el más silencioso, el más impenetrable horror.

Las luces de neón del cine seguían haciendo guiños en la oscuridad.

Las tiendas parecían invitar al cliente a entrar.

Y los coches parecían ir a ponerse en marcha.

Reconozco que la ilusión era perfecta. Pocas veces he visto algo que diera tanta sensación de vida.

Pero todo estaba lleno de muerte. Y dentro de poco yo formaría parte de aquella mansión.

No podía evitarlo.

¡Estaba perdida!

Noté que me sacaban de la zona de luz.

Descendimos por otro sendero arenoso hasta llegar a un pabellón oscuro, construido de ladrillo, que quedaba fuera de la vista de los eventuales visitantes de la «ciudad». Aquel pabellón estaba rematado por una altísima chimenea al final de la cual había una especie de embudo invertido, que debía servir para filtrar los humos y los olores que se produjeran dentro del recinto.

No me cupo la menor duda acerca del sitio al que estábamos llegando.

¡Era un horno crematorio! ¡El horno de la ciudad de los Muertos!

Traté de desasirme, usando de todas mis fuerzas. Empleé las uñas, los dientes, los tacones, todo. Y tal vez hayan adivinado ustedes que ya no soy precisamente una de esas niñas mal nutridas y pálidas cuya única aspiración consiste en trabajar como modelos, y cuyos maridos tienen que mirarles los muslos con cristales de

aumento, para hacerse la ilusión de que allí hay algo. Yo soy una muchacha sana y con fuerza. Pero de nada me sirvió mi vigor ante la acción combinada de tres hombres, que, además, se pusieron a darme puñetazos en los senos para crisparme de dolor. Me doblé materialmente, mientras gemía. Todas mis fuerzas me fueron abandonando poco a poco.

Y así me encontré en el llamado Pabellón C.

Era, en efecto, un horno crematorio. Se veía su enorme boca metálica, que estaba cerrada. Pero debía estar encendido, porque el calor llegaba a todas partes, llenando el recinto.

No hace falta decir que se trataba de un horno eléctrico.

Su potencia debía resultar demoledora.

Vi que el recinto era aproximadamente circular, y que en sus paredes había pequeñas puertas metálicas de la altura aproximada de un hombre. Tampoco me resultó difícil averiguar para qué servían. Tras ellas debía haber nichos verticales donde cupiera justamente un cadáver. Los destinados a la cremación debían ser trasladados allí. Bastaba abrir una de aquellas puertas, abrir también la puerta del horno y... Bueno, no resultaba tampoco difícil imaginar lo demás.

Noté que sudaba.

Mis brazos ya caían sin fuerzas a lo largo del cuerpo. Estaba totalmente abatida.

El fantasma ordenó:

—Soltadla.

—¿Soltarla? ¿Y si intenta huir?

—Ahora ya no podrá.

Movió un resorte, y la puerta del pabellón, que era de acero, quedó herméticamente cerrada.

Era natural que así fuera, para que nadie del exterior viera el aspecto desagradable que suelen tener las cremaciones, y al mismo tiempo para que no hubiese ningún peligro.

El caso fue que me soltaron.

Me dejé caer al suelo, sentada sobre mis rodillas, como una muñeca que amenaza romperse. Debía enseñar bastantes cosas, porque los tres sujetos me contemplaron fijamente, pasándose la lengua por los labios. Pero yo apenas me daba cuenta de nada. Y la verdad era que, en ese momento, me importaba bien poco una

exhibición más o menos.

El hombre de la cara vendada susurró:

—Supongo que todo esto te habrá llamado la atención.

—Pues... pues sí.

No sé ni cómo supe responder. Creo que fue sólo mi instinto el que me dictó aquellas palabras.

Porque mi mente me decía que necesitaba ganar tiempo.

Porque sabía que, mientras alargara una conversación, prolongaba también mi vida.

Al mismo tiempo traté de hallar algún matiz conocido en la voz del fantasma, pero me fue imposible.

Los vendajes que cubrían su boca la deformaban por completo.

—Sí, todos los que llegan aquí se extrañan —musitó—. Nadie permanece indiferente.

—Lo... lo comprendo.

—Pero hay mucha gente que se maravilla.

—Lo... comprendo también.

—Éste es un negocio legal y honrado —siguió diciendo el fantasma—. Es, diría yo, casi un negocio fabuloso.

No contesté.

¿Qué podía responder? ¿Qué podía decir ante la visión de aquel mundo que me había horrorizado, y con el que no estaba de acuerdo aunque tratara de justificarlo?

Hundí la cabeza.

La voz del fantasma siguió.

—Hay quién se resigna ante la idea de la muerte de un ser amado —siguió diciendo el fantasma—. Ésa es, entre nosotros, la única posición razonable, claro, puesto que contra la muerte no podemos luchar. Pero hay quien no se resigna. ¿Y sabes por qué, muñeca? Porque en cambio se puede luchar contra las *apariencias* de la muerte.

Me estremecí.

Tampoco sabía qué contestar a todo aquello.

El extraño hombre de la cara y las manos vendadas prosiguió:

—Nosotros ofrecemos la posibilidad de que el ser desaparecido para siempre pueda en cambio permanecer aún entre los seres que lo amaron. Eso es un sueño tan viejo como la Humanidad. Los antiguos egipcios ya lo tenían, y por eso idearon las más

maravillosas técnicas de embalsamamiento, algunas de cuyas fórmulas no han podido ser descubiertas ni superadas todavía. Pero ellos cubrían al ser amado de vendajes, lo hacían desaparecer en cierto modo. Lo transformaban en un fantasma... como yo.

Y rió lentamente, con una risa que me heló la sangre en las venas.

Pensé, con un horror imposible de definir, que él pudiera ser un muerto en el que restaran aún misteriosas facultades, misteriosos signos de vida. Pero no. Eso era absurdo. No debía ni pensarlo siquiera.

El volvió a hablar.

Su voz volvió a llegar deformada hasta mí, tras atravesar aquel muro de vendas.

—Nuestras técnicas de embalsamamiento son, no obstante, de una perfección nunca igualada —dijo—. Conservamos los cadáveres con una perfección que hasta hace unos años parecía imposible. Y no creas que por poco tiempo, muñeca. En muchos casos la conservación alcanza hasta medio siglo.

—Pero... ¿pero por qué?

—¿Y lo preguntas? ¿No te he dicho que hay gente que no se resigna a la idea de la muerte de los seres amados? Pues para eso estamos nosotros. Ofrecemos un servicio funerario completamente normal si el cliente lo desea. Pero si quiere que el cuerpo *permanezca* debe pagar mucho dinero. Es natural, ¿no? Ello requiere no sólo embalsamar el cuerpo, sino tratar su piel para que no se destruya, y además embellecerle para devolverle sus actitudes naturales, borrando las huellas de la muerte. Así hay cadáveres que siguen estando en una tienda como la que tenían en vida, al igual que las que tú has visto hace poco. U otros al volante de sus coches, en la actitud que tenían todas las mañanas al despedirse de sus mujeres. Éstas los visitan de vez en cuando. Abren las portezuelas de los coches, que son los mismos que sus maridos tuvieron en vida. Los miran, a veces hasta se sientan junto a ellos. Ése es un consuelo todo lo infantil que se quiera, pero imposible de valorar.

Eché la cabeza hacia atrás, y entonces me parecieron más horribles, más siniestros sus vendajes blancos.

Yo trataba de comprender todo aquello.

Intentaba olvidarme de mi propia suerte para entrar en aquel

mundo irreal, en aquel mundo de pesadilla en que estaba introducida bien a pesar mío.

E intentaba hacerme cargo del dolor de tantos hombres o mujeres separados del ser a quién amaron. De tantas vidas rotas por la ausencia total a la que no querían resignarse. ¿No era humano que buscaran el consuelo que se les ofrecía bajo las hermosas palabras de «Amor y Piedad»? ¿No era en cierto modo lógico que existiera aquel mundo consolador y horrible a la vez?

Cerré los ojos.

Yo siempre he creído que hay que resignarse a la idea de la muerte, que hay que aceptarla tal cual es y pensar que con los seres amados nos volveremos a encontrar otra vez, pero no en la suciedad de esta tierra. No obstante comprendía la ciudad de los Muertos. Trataba de aceptarla.

La voz del fantasma llegó de nuevo hasta mí.

—Por supuesto, esas cosas no duran siempre —musitó—. El viudo o la viuda desaparecen a su vez; los hijos que tanto lloraron con sustituidos por los nietos, que ya no lloran. El cadáver, que con tanto amor fue conservado, se transforma en un «fiambre» molesto al que nadie visita ya y al que nadie quiere. Entonces, como el precio que aquí se cobra anualmente por el espacio es elevadísimo, recibimos la orden de hacerlo «partir». En tal caso el cadáver viene aquí y *desaparece*. Nosotros nos limitamos a cobrar ese último servicio. Espera.

Abrió una de las puertas metálicas.

Detrás apareció un cuerpo rígido que, por sus ropas, comprendí debía llevar muerto al menos treinta años.

Su cara era apenas una masa esponjosa.

Comprendí que debía hacer tiempo que no se le prodigaban los cuidados dispensados a los otros muertos, por los que alguien aún se interesaba.

Éste iba a pasar al más profundo, al más definitivo olvido. Un olvido aún más triste que el de los muertos normales, porque nadie le lloraría en el momento del gran salto.

El fantasma hizo una seña a sus tres secuaces.

Los tres tiraron de la parte inferior de la camilla: en que estaba extendido aquel cuerpo. La pusieron horizontal y abrieron la puerta del horno. La camilla tenía unas guías en su parte inferior.

Encajaron en los raíles que penetraban hasta las profundidades del horno.

Por un momento el calor fue irresistible.

Se veía al fondo una horrible masa de fuego blanco, como si aquello fuera el mismísimo infierno.

Los hombres empujaron la camilla.

Ésta se deslizó por la suave rampa y llegó hasta el núcleo mismo del calor. Luego la puerta del horno se cerró automáticamente.

Yo había vuelto a cerrar los ojos.

No podía resistir aquello.

Comprendí que todo desaparecería. La camilla, el cuerpo, los últimos recuerdos que aún pudieran ir prendidos en él.

Era el fin, el fin total e irremisible.

El fantasma dio unos pasos por la habitación.

Intentaba acostumbrarme a él, pero no podía.

Cada vez me daba más angustia, más asco, más miedo.

¿Pero por qué me recordaba a alguien? ¿Por qué, al verlo moverse, me parecía como si lo hubiera visto antes?

No quería pensar en aquello porque era demasiado horrible.

No, no quería.

La cara vendada se volvió de pronto hacia mí.

Los ojos oscuros me miraron fijamente.

—Lo siento, pequeña —dijo—, pero tú has tenido tu oportunidad.

—¿Qué... oportunidad?

—¿Y lo preguntas? Lo primero que debiste hacer era no preocuparte más del cadáver de tu amigo, una vez que dejaste el tren. En lugar de eso, trataste de seguir su pista hasta este lugar. Te amenazamos y te demostramos bien a las claras que éste era un sitio que no te importaba. Una chica inteligente lo hubiera comprendido, ¿verdad?

No contesté.

—En lugar de eso —murmuró—, enviaste aquí a un investigador privado. Si eras tan infantil como para creer que no nos daríamos cuenta, peor para ti. Te vigilábamos y sabíamos que ese hombre había estado en relación contigo. Por lo tanto fue muy fácil, cuando se presentó aquí, hacerle caer en una trampa.

Me sobresalté, me estremecí hasta lo más hondo.

—¿Qué han hecho con él? —farfullé.

—Todavía nada... Mejor dicho, todavía no hemos hecho gran cosa. Pero como te decía, no has demostrado ser una chica muy lista. Claro que a una mujer que tiene estupendas piernas, no se le puede exigir que además posea un envidiable cerebro. Desapareció tu amigo Nick y tú has ocupado su lugar. ¿Por qué? ¿Es que acaso tratas de salvarle aún?

Asentí débilmente.

—Me sentía responsable de cualquier cosa que le hubiera ocurrido —dijo con un soplo de voz.

—Pues ahora te sentirás arrepentida de verdad, muchacha.

—¿Qué... qué van a hacer?

—Espera.

Hizo una seña a sus hombres.

Uno de ellos se adelantó. Abrió otra de las puertas metálicas que daban acceso a los nichos verticales de la pared.

Y entonces mis ojos parecieren salirse de las órbitas y todo mi cuerpo sufrió una sacudida.

Porque allí estaba Nick.

Pero vivo.

Lo habían sujetado a una camilla igual a la del cadáver anterior. Tenía la boca sólidamente amordazada con tiras de esparadrapo que ya debían formar parte de su piel, tan fuertes se veían. No podía moverse. Pero sus ojos vivían, sus ojos me miraban con asombro, con estupor, con miedo, con una desesperada súplica.

Nunca he visto una mirada como aquélla.

Creo que salté. Me moví como una tigresa. Debí hacerlo con tanta violencia que los asusté. Dos de los esbirros me pegaron a la vez y me enviaron al otro lado del departamento, con los labios bañados en sangre.

Entonces me puse a gemir.

No tenía fuerzas ni para chillar. Mi cuerpo se había doblado por completo. Parecía como sí, con una máquina poderosa, me hubieran absorbido toda la sangre.

Nick me miraba aún con los ojos desencajados.

Debía adivinar lo que iba a sucederle, pero no podía creerlo. Y me miraba como si pensara que yo podía salvarlo, que podía librarle aún de su horrible suerte.

Evidentemente debió pensar que yo estaba allí también para eso, para salvarle. Pero dudo que tal pensamiento le consolara.

Vi que iban a abrir otra vez la boca del horno.

Y entonces me puse a chillar como una loca.

—¡No hablaré! ¡No diré nada de lo que he visto aquí! ¡Lo juro, lo juro por lo más santo...! ¡Haced lo que queráis conmigo, pero no le matéis! ¡No le matéis...!

Los ojos diabólicos seguían mirándome fijamente por entre las rendijas del vendaje.

—Ya es tarde, muñeca. No hemos querido cometer un crimen de más, pero tampoco caeremos en la trampa de cometer un crimen de menos. Cuando las cosas no tienen remedio, hay que tomarlas como son. Tu amiguito ha de callar para siempre, como tú callarás para siempre después.

Me llevé las manos a la boca y me las mordí yo misma.

Lo hice para no chillar, lo hice porque sabía que mi propia voz me destrozaría la garganta.

Empecé a ver que todo daba vueltas en torno mío otra vez.

Perdí la noción de las cosas, del tiempo.

Ojalá le hubiera ocurrido lo mismo a Nick. Aunque quizá sí. Tal vez estaba lo bastante débil para no darse cuenta de lo espantoso que era todo aquello.

Pero lo dudo.

Se debatía desesperadamente en la camilla al darse cuenta de lo que le iba a suceder. No podía gritar porque los esparadrapos se lo impedían. No podía tampoco librarse.

Me sorprendió mi propio chillido, mi propia voz angustiada.

—¡Matadle antes! ¡Matadle de una vez...!

Nadie me hizo caso.

Las guías de la camilla encajaron en los carriles que penetraban hasta las profundidades del horno.

Cerré los ojos y me tapé los oídos para no ver, para no oír.

Hubiera preferido desaparecer mil veces, caer fulminada allí mismo.

Pero una no muere cuando quiere. Una no desaparece cuando su cerebro se lo pide.

La puerta del horno se cerró automáticamente, como la otra vez.

Pero yo ya no me di cuenta, porque había perdido el sentido,

resbalando pesadamente hacia los viscosos ladrillos del suelo.

CAPÍTULO XVI

Es curioso lo que ocurre con el cerebro humano, con esa máquina misteriosa dónde está lo más íntimo de nuestro ser, pero que sin embargo desconocemos tanto.

Yo había perdido el sentido, no me, daba cuenta de nada.

Pero mi cerebro seguía viviendo, seguía hablando conmigo. Mi cerebro me decía que era una suerte haberme desvanecido. Que así no sufriría. Que así no me daría cuenta de nada cuando me introdujeran en el horno crematorio a mí también.

Oía voces lejanas, rumores confusos.

Noté que unas manos se posaban en mi cuerpo.

Me estaban levantando, pero lo hacían lentamente.

Recreándose en la «maniobra».

—Atadla a una camilla.

—Jefe...

—¿Qué?

—Es una lástima.

—¿Qué es una lástima?

—Acabar con ella así. Destruirla.

—¿No la hemos traído aquí para eso?

—Pero debe damos una oportunidad. Es muy bonita.

—¿Una oportunidad para qué, cerdos?

—Sabe que nos ha gustado desde el principio.

—Usted ya sabe lo que queremos, jefe. Déjela suelta un ratito. Una hora para los tres. Luego la haremos desaparecer igualmente.

—Estáis aquí para trabajar, no para divertirlos.

Uno de ellos lanzó un gruñido.

—Maldito hijo de perra...

—¿Qué has dicho?

Yo me daba cuenta de todo ya. El nuevo peligro que corría había hecho que me despertara de golpe.

Pero me estaba quieta, disimulaba.

Si hasta entonces me había comportado como una mujer impulsiva, y el resultado no podía ser más desastroso, ahora tenía que comportarme como una mujer astuta.

Por entre las pestañas de mis ojos entrecerrados, vi lo que sucedía.

Uno de los tres hombres, el más apasionado, había perdido la cabeza. Se estaba lanzando contra el de la cara y las manos vendadas.

Éste apenas se movió.

Tendió la mano derecha.

Por entre los vendajes, con un brusco chasquido, acababa de aparecer un punzón metálico, largo y afilado como un bisturí. La aparición de aquel arma fue tan repentina y tan espectacular que el otro no pudo preverla. Atacaba con sus manos desnudas y se encontró perdido de repente. Pero no pudo retirarse a tiempo.

El punzón penetró en su garganta, la desgarró por completo.

El otro lanzó un chillido gutural.

Aún trató de abrazarse al fantasma, pero éste movió la derecha otra vez. Ahora el punzón se empotró hasta el fondo en el corazón de su enemigo.

Lo vi caer pesadamente a tierra.

El fantasma masculló:

—Esto es sólo un aviso de lo que le puede ocurrir al que se desmande. Adentro con él.

Los otros dos obedecieron.

Nunca he visto a dos hijos de perra obedecer una orden más aprisa.

Abrieron otra de las puertas metálicas, donde no había más que una camilla vertical. La sacaron y colocaron el cadáver en ella, pero sin sujetarlo. Un momento después habían abierto de nuevo la puerta del horno, para empezar por tercera vez la macabra ceremonia.

Todos estaban pendientes de aquello.

Comprendí que era mi momento, mi oportunidad.

No volvería a tener otra.

De modo que me lancé hacia la puerta exterior, pero moviendo el resorte que antes había visto mover al fantasma, lo hice con tanta

rapidez que no pudieron impedirlo.

Cuando se dieron cuenta, la puerta metálica ya se había abierto.
Y yo me lanzaba por ella.

Corrí por el sendero enarenado, alzando la falda hacia arriba para tener las piernas más libres. Uno de los sujetadores de mi liguero se había roto y estaba a punto de caérseme una media. El corazón me latía tan fuertemente que parecía ir a salirme por la boca.

Oí los pasos de los tres hombres que venían hacia mí.

Pero yo soy ágil y joven. Puestos a correr, no les sería tan fácil atraparme.

Uno de ellos debió comprenderlo así, porque masculló:

—¡Una bala! ¡Una buena bala a las piernas!

Y oí el chasquido de una pistola al ser montada.

—¡No tires, idiota!

—¿Pero por qué?

—¡Un disparo podría oírse desde fuera!

En efecto, aquél era un riesgo que no podían correr.

Y pensé en gritar, en pedir desesperadamente auxilio, pero una voz humana no llega tan lejos como el estampido de un disparo. Además me faltaba el aliento para correr, para hablar. ¿Cómo iba a ser capaz de lanzar un grito?

El caso fue que no dispararon.

Corrían detrás de mí como galgos, pero no me adelantaban. Yo he hecho muchas carreras en la Universidad de Berkeley. Carreras sobre pista de ceniza, se entiende. He practicado el deporte cada día.

Llegué a una zona donde había unos setos. Salté sobre ellos.

Y me encontré en otra calle donde se hallaban bastantes coches estacionados, todos ellos con las cortinillas corridas. La cosa estaba muy clara para mí. Dentro no había más que cadáveres, como yo misma había visto antes.

Pero mi cerebro funcionaba ahora fríamente y con lucidez.

Seguí obrando con astucia.

Pasé por detrás de uno de aquellos coches, me perdí de vista y luego salté el seto de nuevo, volviendo en cierto modo al camino por el que había pasado antes.

No me vieron.

Por unos instantes se desorientaron, que era lo que yo quería.

No les iba a resultar tan fácil dar conmigo. Pero tampoco me resultaría a mi fácil llegar a la salida.

Por lo pronto estaba desorientada. Tenía que situarme al menos, para saber llegar hasta la verja.

El silencio que me rodeaba volvía a ser espantoso.

No se oía ni un susurro, ni el roce de un insecto.

Me deslicé poco a poco entre las sombras.

Y llegué a otro lugar donde había un solo coche aparcado, y cuya calle descendía en pendiente hacia una zona bien iluminada, donde abundaban las tiendas. Veía incluso también los parpadeos del cine.

Eso me ayudó a orientarme.

Si conseguía llegar hasta allí sin que me vieran, ya sabría dirigirme a la puerta.

Fui a moverme.

Pero de pronto mis nervios sufrieron una sacudida.

Uno de mis perseguidores había aparecido frente a mí. Era uno de los esbirros. Se movía sigilosamente, esperando sorprenderme.

Pero no me había visto aún.

Estaba más desorientado que yo.

Avanzaba agazapado, con la esperanza de encontrarme y saltar de repente sobre mí.

Yo adiviné que eso sucedería si no hacía algo para evitarlo.

No tardaría en verme.

Estaba a una docena de pasos. Si no había notado aún mi presencia era solamente porque el coche me protegía en parte.

Sentí que el sudor resbalaba por mis facciones. Tuve la sensación de que mi respiración se debía oír por fuerza desde mucha distancia. Me parecía increíble que aquel hombre no lo hubiera notado ya.

Y de pronto tuve una idea.

Era un plan que me daba miedo y angustia realizar, pero no me quedaba otro remedio.

Con todos los sentidos en tensión, abrí poco a poco la portezuela del coche.

Ésta no chirrió. Por fortuna el automóvil era nuevo. Casi tropecé con las piernas del cadáver sentado al volante.

Una terrible angustia, una especie de náusea me invadió.

Pero tenía que hacerlo, tenía que mover la mano.

Rocé con ella aquellas piernas y empuñé el freno. Como suponía, éste actuaba sobre el coche. Lo desfrené bruscamente.

Las ruedas empezaron a girar por la pendiente. Apenas produjeron un leve ruido en la gravilla.

El sicario no se daba cuenta.

Estaba atento al parpadeo de las luces, como si esperara verme aparecer entre ellas.

De pronto volvió la cabeza. Sus ojos se desorbitaron.

El coche, un enorme «Buick», bajando en punto muerto, ya estaba casi encima suyo.

Lanzó un alarido.

Trató de saltar de costado, pero con eso no hizo más que estropear las cosas definitivamente.

Le hubiera convenido más pegarse al suelo y tratar de pasar entre las ruedas. Así se colocó materialmente bajo ellas, los neumáticos produjeron como un estallido en su cuerpo.

Al pasar tan poco a poco por encima suyo, lo destrozaron materialmente.

Quedó muy quieto ante mis ojos desorbitados. Me pareció que aquellas luces irreales de la ciudad de los Muertos rebrillaban en sus pupilas. Tuve que llevarme las manos a la boca para no lanzar un alarido.

Pero él, en cambio, ya había gritado.

Sus compañeros ya le habían oído.

Supe que el fantasma de la cara vendada y su único compinche, vendrían hacia mí. Y como estaba desarmada, la situación en que me encontraba seguía siendo terrible.

Me alcé sobre mis piernas y corrí con toda la velocidad de que fui capaz.

Ya no valían disimulos. Estaba segura de que me habían visto.

—¡Allí!

—¡Mira!

Las voces llegaban como dardos a través de la penumbra. Comprendí instintivamente que si me iba hacia las luces aún sería peor. Tenía que tratar de ocultarme entre las zonas oscuras.

Así lo hice.

Me movía con tanta rapidez que mis perseguidores me perdieron de vista. Noté que estaba en una especie de camino desierto, rodeado por altos setos.

La Ciudad de los Muertos era mayor por dentro que lo que parecía desde fuera.

Corrí todo lo que pude, creyendo que allí encontraría una salida. Pero mi desesperación fue indescriptible al tropezar con una especie de muro. Aquel muro me cerraba completamente el paso. Desde allí no tenía más remedio que volver atrás.

Pero eso era imposible.

Creía divisar ya las dos siluetas de los hombres que me estaban persiguiendo.

Miré hacia arriba, y entonces vi que no se trataba exactamente de un muro, sino de la pared principal de una casa de dos pisos. Era la imitación perfecta de una de esas casas de ladrillo que tanto abundan en los barrios viejos de Nueva York. No le faltaba ni la escalera de incendios.

Naturalmente, tenía una puerta.

No me quedaba más remedio que entrar por ella y tratar de ocultarme allí. Y lo hice. Me pareció al entrar que mis pisadas resonaban en la oscuridad de una tumba.

Subí por unas escaleras.

No sabía adónde me llevaban, pero no podía ser a ningún sitio bueno. Presentí algo horrible. Me encontré en un rellano y abrí otra puerta.

La oscuridad me asaltó, me envolvió, pareció absorberme.

Y en ese momento una voz preguntó:

—¿Pero qué haces, hija mía? ¿De quién huyes?

Era una voz de mujer.

CAPÍTULO XVII

Me detuve perpleja.

No comprendía cómo podían haberme visto.

Estaba envuelta por la oscuridad, y si yo no veía a la mujer que me hablaba, ella tampoco podía verme a mí. Pero existen objetivos de rayos infrarrojos que permiten distinguir entre las tinieblas. ¿Era eso? Yo no podía saberlo.

Busqué entonces desesperadamente una luz.

Mis dedos rozaron un conmutador.

Lo pulsé.

Una claridad lechosa invadió entonces la estancia. Era una luz siniestra porque resultaba demasiado intensa. Parecía una de esas luces un poco irreales de las salas de autopsia. Vi entonces de espaldas a la mujer que me había hablado.

Estaba sentada en un butacón.

Sólo distinguía sus cabellos blancos y sus manos también muy blancas. No se movía. Si estaba de espaldas a mí, tampoco comprendía cómo podía verme. Pero su voz volvió a sonar.

—¿De quién huyes?

Cerré la puerta a mi espalda antes de contestar.

Luego musité:

—Tratan de... matarme.

—¿Quiénes?

—No... no lo sé. Un hombre que lleva la cara y las manos vendadas.

—¿La cara y las manos? Eso es absurdo...

—No lo es. Lo he visto. Y he hablado con él.

—Debe ser un hombre que se ha quemado.

La posibilidad me estremeció, porque eso significaba que había un monstruo detrás de aquellos vendajes. Pero en el fondo, ¿qué importaba una detalle terrible más?

Contesté:

—Tal vez.

—¿Y tú quieres huir, hija mía?

—Claro que quiero... huir.

—Pues te daré la solución.

La situación me parecía absurda, irreal. ¿Por qué no se volvía aquella mujer? ¿Por qué no me hablaba mirándome, como hubiera hecho cualquier ser normal?

Y además, si es que me estaba viendo, ¿cómo lo conseguía?

Añadió:

—Si te persiguen, habrán visto esta luz. Yo te diré lo que debes hacer. ¿Distingues una puerta a tu izquierda?

—Sí...

—Pues entra por ella. En esa sala nadie te buscará. Estarás completamente a salvo.

Me mordí el labio inferior, pensando que aquélla podía ser una trampa aún peor que las otras.

Pero no podía elegir, de modo que me encaminé hacia aquella puerta.

Antes de trasponerla volví la cabeza y vi un poco mejor a aquella mujer. La vi de perfil y con relativa claridad. Era una anciana que estaba muy quieta. Diríase que sonreía. Sus cabellos blancos muy bien peinados sobresalían por encima del respaldo de la butaca.

—Date prisa —dijo sin mirarme—. ¿A qué esperas? ¿A que lleguen?

La obedecí y atravesé el umbral.

Las tinieblas me envolvieron.

Todo aquello estaba oscuro como una gruta.

Entonces abrí de nuevo, volviendo sobre mis pasos y encarándome otra vez con aquella butaca donde reposaba la extraña mujer.

Ella no se había movido.

Seguía sin mirarme.

—¿Por qué me ayuda? —farfullé.

—Porque no quiero que mueras.

—¿Pero quién es usted?

—Soy la dueña de todo esto. La dueña de «Piedad y Amor».

—¿La dueña de... la ciudad de los Muertos?

—¡Qué tontería! No la llames así.

—Si usted tiene algún poder en... este sitio... Ayúdeme.

—Naturalmente que sí. ¿O qué crees que estoy haciendo?

—¿Debo entrar de verdad... en esa habitación?

—Claro...

—Está muy oscura.

—¿Y quién teme a la oscuridad? Sólo los niños, y tú ya no lo eres. Además, encontrarás el conmutador de la luz a mano derecha. Vamos, no temas.

Oí en ese momento pisadas que subían por la escalera.

Me habían localizado. Los dos hombres venían a por mí.

Fue eso lo que me decidió, porque en verdad no podía elegir. Abrí de nuevo la puerta y penetré en el oscuro recinto.

Instintivamente, y a pesar de que no veía nada tuve la sensación de que acababa de penetrar en un museo. Imperaba allí ese especial olor de los sitios donde las cosas se conservan indefinidamente. Tanteé las paredes, buscando el conmutador de la luz, y lo encontré; la extraña mujer no me había engañado.

La claridad que se proyectó entonces me permitió ver que acababa de entrar en una enorme sala. Era, en efecto, un museo, si es que aquello tenía nombre. Vi diversos muebles, varios objetos colocados en vitrinas. Todos ellos eran de una misma época y parecían haber pertenecido más o menos a una misma persona. Como si todos sus recuerdos personales estuvieran allí.

Pero no era eso solo.

Distinguí además algo que me dejó paralizada, petrificada, sin fuerzas. Había allí al menos una docena de cadáveres, todos pertenecientes a hombres jóvenes.

Fui pasando ante ellos como si me recreara en mi propio horror, en mi propia pesadilla.

Todos estaban magníficamente embalsamados y conservados, como los que ya había visto en otros lugares de la ciudad de los Muertos. En este siniestro sentido todo lo que yo había visto allí era admirable. Pero no podía admirarlo porque el efecto que producía en mí era el de un mudo y silencioso horror.

Repito que los fui mirando uno a uno.

Todos iban vestidos del mismo modo, con un traje bien cortado

perteneciente a la moda de veinticinco años atrás.

Y todos se parecían.

Todos se parecían mucho.

Eran semejantes a... a...

¡Al último de los cadáveres que se encontraban allí, mantenidos en pie por una armazón metálica!

¡Parecidos a Robert!

¡Tan similares que el propio Robert se encontraba entre ellos!

¡Con unos ojos vidriosos que parecían mirarme!

CAPÍTULO XVIII

Nunca había sufrido una sensación semejante.

Nunca la muerte había penetrado de aquel modo en mi alma. No sé lo que me ocurrió y creo que no conseguiré explicarlo jamás; pero en ese momento no me hubiera importado ser uno de aquellos cadáveres. Todo antes de estar allí, quieta, mirándolos con mis ojos muy abiertos, aquellos ojos que se estaban transformando en los de una loca.

Comprendí entonces algunas cosas que de todos modos ya había intuido antes.

Comprendí que Robert había sido asesinado para trasladarlo allí.

Supé que había alguien interesado en tener no sólo su cadáver, sino también los cadáveres de otros hombres jóvenes que se parecían a él.

¿Pero por qué?

¿Qué clase de locura era ésa? ¿En qué mundo absurdo, increíble, atroz estaba yo metida?

De pronto hube de volver a la realidad.

Hube de hacerlo porque las voces se oían ya en la habitación contigua, al otro lado de la puerta.

Mis perseguidores estaban allí. El hombre de la cara y las manos vendadas y el esbirro que le acompañaba. El único de los tres que aún quedaba con vida.

Sus voces sonaban roncas, excitadas.

—¿A dónde ha ido?

—¿Dónde está esa maldita?

La voz de la mujer sonó también. Y tenía lejanas inflexiones metálicas.

—Dejadla en paz.

—¿Pero qué dices? ¿Es que acaso vamos a perdonarla?

—¡Es un peligro para nosotros!

—¡Y yo exijo que la dejéis en paz!

Oí también un chasquido sorprendente; me di cuenta demasiado tarde de que era el de mis propios dientes al castañetear. Tuve la sensación de que lo habían escuchado desde el otro lado de la puerta.

Pero no era así.

Los dos hombres debían batirse en retirada.

Oía sus murmullos de protesta, de sorpresa.

—Estás loca.

—¡Tú tendrás la culpa de lo que suceda!

Pero la puerta se cerró.

Los dos hombres habían salido. Se oían sus pasos retumbar en las escaleras.

Exhalé el aire que se había almacenado en mis pulmones, los cuales ya me quemaban.

No podía considerarme salvada, pero al menos la situación ya no era tan grave. Tenía un asidero, una esperanza. ¡La mujer que manda en aquel extraño mundo estaba dispuesta a ayudarme!

Comprendí que tenía que volver a su lado. No sólo para dejar de ver aquellos cadáveres y para darle las gracias por su protección, sino porque junto a ella estaría más segura.

Abrí de nuevo aquella puerta. Y vi la sala de luz demasiado intensa, casi irreal. Vi el respaldo de la butaca, por encima del cual asomaban los cabellos blancos. Vi las manos muy quietas.

Me acerqué allí.

Oí el sonido de mis pasos como si no lo produjera yo misma.

Mis pulsos latían sordamente. Mi rostro se había bañado en sudor.

Y de pronto aquel sudor se secó instantáneamente.

Porque mis ojos veían algo que mi mente se negaba a creer. Porque no estaba ante una mujer viva.

¡Estaba ante una muerta!

CAPÍTULO XIX

Noté que mis dientes castañeteaban de nuevo. Que una corriente helada pasaba por mis piernas.

Estuve a punto de caer.

Y me di cuenta entonces de que lo que tenía delante no era exactamente una muerta, sino algo que imitaba a una muerta. En menos palabras; una figura de cera. Pero tan perfectamente imitada, y con una peluca colocada de modo tan maestro que a cierta distancia, de perfil sobre todo, daba la sensación de una persona viva que estuviese quieta.

¡Sin embargo me había hablado!

¡Y me había visto!

Entonces me estremecí de nuevo.

¿Cómo me había visto sin volver la cabeza?

Estaba tan asustada, tan llena de horror, tan aterrada, que no podía ni pensar. Con las manos me golpeaba las caderas nerviosamente, sin saber lo que hacía. Pero creo que, caso de no hacer eso, me hubiera puesto a chillar o a llorar.

Y de pronto aquella terrible tensión se descargó.

De pronto empecé a abofetear locamente aquella figura de cera.

Cayó de costado. La cara se rompió, lanzando fragmentos de cera coloreada. Los vestidos, pertenecientes a una moda también de veinticinco años atrás, se mancharon. La peluca saltó por los aires.

Detrás de la cara vi entonces lo que me había hablado.

Era un micrófono conectado a un cable, el cual pasaba por detrás de la figura. Desde otra habitación, podían hablarme empleando ese micrófono. Como la voz era de frecuencia modulada, producía una perfecta sensación de realidad.

¿Pero cómo me veían?

Mis ojos erraron por la habitación, buscando el secreto, mientras mi boca espantosamente seca se contraía de angustia.

Y entonces lo descubrí.

Por una ranura cercana al techo asomaba algo parecido a un pequeño lente, y que también podía ser el objetivo de una cámara de TV. Mediante un circuito cerrado podía verse todo lo que ocurría en la habitación.

Seguramente me estaban viendo ahora.

Una especie de religioso temor se adueñó entonces de mí. No sólo me sentí atrapada, sino también arrepentida. La mujer que me miraba a través de aquel circuito de TV me había ayudado, después de todo. Con manos trémulas alcé la figura medio rota.

La coloqué de nuevo en la butaca, componiéndola lo mejor que supe.

Tal vez todo eso era infantil, pero deseaba manifestar a aquella mujer que le estaba agradecida. Ansiaba que no se enojase conmigo, puesto que yo adivinaba que tenía sobre mi poder de vida y muerte.

Me distancié unos pasos.

El efecto que producía la figura era el de estar entera... pero su cara estaba rota, de su cara sólo existía una parte. ¿Ha visto usted algunas vez una figura de cera con media cara rota? Puedo asegurarle que pocas cosas existen tan macabras como ésa. Pero yo dominé mi horror y fui caminando hacia la salida. Quería huir de la Ciudad de los Muertos. Pensaba que ésta era la última ocasión que iba a tener para ello, una ocasión que ya no volvería a repetirse.

Pero de pronto me detuve. Oía pisadas. Aquellos dos hombres subían otra vez.

¡Los malditos hijos de perra!

¡Querían atraparme de todos modos! ¡Iban a desobedecer la orden la vieja!

No me quedaba más remedio que volver atrás. Y mis ojos buscaron angustiosamente otro camino de huida.

En la habitación había una ventana. Miré por ella y traté de calcular el peligro que podía representar un salto.

Demasiado para mí.

No soy un alfeñique, ya lo habrán notado todos ustedes a través de este relato. Creo que además lo he dicho antes: he practicado mucho el deporte en la universidad. Pero por aquel lado la casa tenía una especie de foso, de modo que la altura real era de tres pisos. Demasiado para arriesgarme a un salto.

Mientras tanto, las pisadas sonaban cada vez más cerca.

¡Estaban junto a la puerta ya!

Me estremecí de horror.

Mis ojos buscaron entonces otro medio de defensa: algún arma, algún objeto que me permitiera al menos luchar. Y mi mirada se posó en un atizador de chimenea que tenía una aguda punta.

Me estremecí con el solo hecho de pensarlo, pero no tenía más remedio que intentarlo al menos.

Lo sujeté y quedé quieta junto a la puerta.

Los pasos se habían detenido.

Me parecía oír la respiración de los dos hombres que estaban al otro lado de la puerta.

El pomo giró lentamente.

Yo contuve el aliento. Mi derecha se cerró sobre el atizador con tan terrible fuerza que me hice daño a mí misma. Preparé mi brazo. Todos mis músculos estaban tensos.

El que apareció no fue el hombre de la cara vendada, sino el otro.

Bueno, peor para él.

No me había visto.

Entró mirando tan sólo hacia la butaca donde estaba la figura de cera representando a la vieja. Parecía sentir miedo de ella. No se fijó en la derecha de la puerta, donde estaba yo.

Moví el atizador con todas mis fuerzas.

No me di cuenta de lo que había hecho hasta que oí aquel chasquido. Entonces pude ver que con la punta del hierro le había atravesado la sien. Lancé un grito horrible, un grito horrible, un grito infrahumano mientras aquel hombre giraba sobre sí mismo y me miraba al fondo de los ojos. Su mirada era de incredulidad, de estupor.

No podía creer que fuese a morir:

Pero el hierro le había llegado hasta el fondo del cerebro, y aquello era el fin. Lo comprendió cuando sus rodillas se doblaron para siempre. Alzó sin fuerzas el cuchillo que había en su mano derecha.

Trató de ensartarme con él, pero ya no pudo.

De pronto se derrumbó, mientras de entre sus labios escapaba una bocanada de sangre.

Yo volví a chillar al tiempo que saltaba. Sabía que el de la cara vendada vendría detrás, y en efecto así era. Tendió hacia mí sus manos de fantasma. No pudo sujetarme porque me lancé de costado con toda mi agilidad, yendo hacia la segunda puerta, la que daba a aquella especie de museo donde estaban los otros cadáveres.

La abrí con un codo.

El fantasma me siguió, y entonces me di cuenta de que... ¡de que estaba totalmente acorralada!

¡Aquel gran recinto no tenía ninguna puerta más!

¡No había en él ni una ventana siquiera!

Oí la risa silenciosa de aquel extraño monstruo.

Yo ya no tenía el atizador en la mano, porque lo había dejado clavado en la sien del otro. Estaba totalmente desarmada. En cambio él llevaba un largo cuchillo, y muy probablemente también una pistola.

Yo era su víctima, yo ya no podía escapar.

Avanzó poco a poco.

Su voz pareció llegar desde muy lejos cuando me preguntó:

—¿No has querido saber nunca por qué me oculto la cara?

—¿La tienes... abrasada?

No sabía ni cómo tenía fuerzas para contestar. Mi voz era apenas un quejido. Las manos me temblaban.

—No, no tengo la cara abrasada —dijo—. Tengo, por el contrario, una cara perfecta.

Y añadió:

—¿Quieres verla?

No tuve fuerzas para contestar.

En fin, de todos modos mi voluntad ya no contaba.

El haría lo que quisiera conmigo, hasta el momento de matarme.

Sus manos empezaron a quitarse los vendajes poco a poco.

Lo hacía con estudiada lentitud, recreándose en mi miedo y en mi asombro.

Yo le miraba con los ojos desencajados.

Porque, al aparecer progresivamente aquella cara, iba viendo algo que mi inteligencia se negaba a creer.

Iba viendo a...

¡... A Robert...!

CAPÍTULO XX

El acabó de quitarse las vendas.

Las dejó caer al suelo y entonces su sonrisa me heló la sangre en las venas.

—¿Sorprendida? —preguntó.

Yo ya no podía ni reflexionar.

Me hubiera puesto a chillar como una loca.

Pero no lo estaba. Mi cerebro seguía rigiendo, y una especie de lucecita se había encendido en él. Era una lucecita que me traía recuerdos de otro tiempo, recuerdos de imágenes y de voces. Sobre todo de voces. Y me daba cuenta de que la de aquel hombre, ahora que las vendas no podían disimularla, no era la de Robert.

Entonces... ¿entonces qué?

El mismo se encargó de disipar mis dudas.

Con voz opaca admitió:

—Cierto, el cadáver de Robert es ese que tienes aquí. Yo sólo soy su hermano gemelo.

El horror me impedía hablar.

Me llevé las manos a la boca y traté de reunir mis fuerzas. No sé cómo, conseguí decir:

—Pero todo esto, ¿por qué?

—Muy sencillo. Este sitio en que te encuentras ahora es un fabuloso negocio. Mucho más de lo que tú pudieras llegar a imaginar.

—Eso... no me importa.

—Pero me interesa a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo eso: que es un fabuloso negocio. Y, además, seguro, porque la muerte es lo único que no falla. Y aun en el supuesto de que fallara, los terrenos que aún están libres aquí tienen un precio increíble. Y podría aumentarlo eliminando el viejo cementerio.

—Tú... estás loco.

—¿Loco? ¡Qué tontería! Todo el mundo llama loco al que piensa de una manera distinta, o simplemente, al que hace grandes planes, sin darse cuenta de que sólo así se llega a la verdadera riqueza. Porque a mí me importa la riqueza, ¿sabes? Y aquí hay tanta que bien valía la pena hacer algún pequeño sacrificio.

—Todo esto no es tuyo... —balbucí—. Y no podrá ser tuyo nunca.

—Claro que lo será... Por el momento es de mi madre, pero por poco tiempo.

—¿Qué... qué dices?

Mi asombro había crecido hasta el paroxismo. No sé ni cómo podía tenerme en pie.

—Ella heredó todo esto —musitó el hombre—, y lo llevó y dirigió con mano maestra. Pero tenía una manía, casi una locura: recordar al hijo que había perdido.

—¿Robert?

—No, yo. Yo mismo. Mi nombre es Jules. Ella creyó que había muerto en un incendio, hace ya veinticinco años. Pero la verdad fue que no sólo no morí, sino que siempre he gozado de excelente salud. Un vagabundo que estaba robando en el inmueble que se incendió, logró salvarme y luego me llevó consigo. En parte le resultaba simpático y en parte quería pedir un rescate por devolverme. Pero luego, acosado por la policía, fue perdiendo la pista de mis padres. Sin embargo, no me abandonó. Olvidó sus proyectos y a su lado me fui haciendo un hombre, si es que se puede llamar hombre a eso.

Hizo una leve pausa, mientras sus facciones se contraían.

—Yo ignoraba mi origen —murmuró, continuando—, hasta que cuando aquel maldito vagabundo murió llegué a saberlo. Me enteré de que era hijo de una viuda multimillonaria... que tenía otro hijo también, uno tan exactamente parecido a mí que no cabía duda de que éramos gemelos. Pero ese hijo no quería saber nada de un negocio tan lúgubre. Trabajaba con un abogado de San Francisco.

—Era Robert... —musité.

—Exacto, era Robert. Y yo me hice enseguida un cálculo de posibilidades: si me presentaba de pronto, mi madre me acogería con los brazos abiertos y yo tendría la mitad de la herencia. Si

eliminaba a Robert, por el que ya no sentía ningún cariño después del tiempo transcurrido, la herencia sería totalmente mía, pues mi madre no notaría el cambio.

Mis ojos se desencajaron de horror y asco.

Aquel hombre me producía una náusea.

Pero no podía evitar estar frente a él; no podía dejar de oírle. No sólo iba a ser mi atormentador, sino también mi verdugo.

Prosiguió implacable, como si mi expresión le divirtiera:

—Ella estaba tan obsesionada que colocaba aquí todos los cadáveres que llegaban a este lugar y que se parecieran a lo que yo debía ser ahora. O lo que hubiera debido ser... Mi plan era factible y nada difícil, después de todo. De modo que intenté acabar con Robert primero en San Francisco y luego, cuando él huyó, lo conseguí en aquella maldita y sucia población del Oeste. Traje su cuerpo aquí.

—¿Po... por qué? Era una imprudencia. Tu madre debía ignorar que él... estaba muerto.

Jules rió silenciosa y burlonamente.

—Los hombres que me ayudaban, y que ya han muerto, eran empleados de esta ciudad de los Muertos —dijo—. Les había prometido una magnífica recompensa si todo salía bien, pero ahora no creo que vayan a reclamármela... En fin, te estaba diciendo por qué el cuerpo de Robert se encuentra aquí. Hay tantos y tantos parecidos que mi madre no notará uno más. Está medio ciega, ¿sabes? No pudimos quemarlo ni enterrarlo porque se hubieran enterado otros empleados del cementerio. Sólo esta noche hemos tenido la suerte de estar realmente solos... El control es muy intenso aquí, aunque no lo parezca. Y provisionalmente éste era un buen sitio, porque nadie entra aquí si no es mi madre. Pero dentro de poco irá al horno crematorio, como todos los demás. Toda... ¡toda esta carroña!

Dio un puñetazo a uno de los cadáveres, derribándolo.

Se oyó un seco y siniestro chasquido.

Jules continuó:

—Quizá piensas que voy a acabar también con mi madre... No, no lo haré de momento. Pienso pedirle que se retire. Yo seré el que lleve todo esto y el que venda, si es preciso. Las cosas marcharán muy bien si me obedece, pero en caso contrario...

La amenaza estaba bien patente. Y yo, pese a que no me convenía decírselo, grité:

—¡*Ella* te estará oyendo! ¡Hay aquí un circuito cerrado de televisión!

—Te equivocas. En esta habitación no. Sólo en la otra. No puede verme ni oírme, porque he cerrado la puerta. Y esta noche tu hermoso cuerpo irá también al infierno... ¡Así!

Tendió hacia mí su zarpa derecha.

En ella brillaba la salvaje punta de acero con la que ya le había visto matar a un hombre.

Salté hacia atrás. No sé ni cómo pude conseguirlo. Tropecé con uno de los cadáveres, derribándole.

La punta de acero me había rozado.

Jules vino hacia mí. Su boca estaba torcida en una mueca satánica. Sus ojos brillaban como los de un demente.

Saltó de nuevo.

Yo estaba en el suelo. No podía evitar ya mi propia muerte. Los nervios, los músculos se negaban a obedecerme. Sentía como si el horror se hubiera diluido en mi sangre, impidiéndome cualquier gesto, cualquier movimiento...

¡Y de pronto Jules tropezó con el cadáver de Robert!

¡En ese instante cayeron los dos!

Yo lancé un grito de miedo, pero recobré mis fuerzas. Una lucecita de esperanza brilló febrilmente en mis ojos. Empleé como arma lo único que tenía.

Un tacón. Uno de mis altos y duros tacones de aluminio.

Dos veces lo clavé en el cuello de Jules, hundiéndole varios centímetros. Por dos veces le destrocé la aorta con él, clavando aquello con todas mis fuerzas, como si fuera un estilete.

Mi cuerpo pareció sufrir un calambre.

No creía en mis propios actos. Me parecía imposible que la que acababa de hacer aquello fuese yo misma.

Comprendí que Jules se desangraría, que ya nada podía salvarle. Y avancé como una borracha hacia la puerta.

La abrí.

Vi de nuevo la butaca; la peluca; la mano quieta.

La estatua estaba tal como la había dejado.

Fui hacia ella.

Quería verla. Quería hablar tal vez. Deseaba que por el ojo de la cámara de televisión pudieran verme, ya que sin verme, nadie me comprendería.

Y avancé hacia la figura.

Y de pronto me detuve.

Mis ojos bailaron en las órbitas.

¡Porque la figura se movía!

¡Porque ya no era de cera!

¡Porque su lugar lo ocupaba la verdadera vieja! ¡La verdadera dueña de la ciudad de los Muertos!

No pude ni retirarme cuando se lanzó hacia mí. Sus manos duras y sarmentosas me sujetaron por la garganta.

Lancé un grito de horror.

No sólo estaba dominada por el miedo; el estupor me paralizaba también. Veía aquellos ojos pequeños y demoníacos, que eran realmente los ojos de una loca. Sentía sus manos duras, llenas de nudos, clavadas en mi cuello.

¡Era el fin!

¡De repente, su cerebro enfermo me consideraba como una intrusa, como una enemiga!

¡Iba a acabar conmigo cuando ya creía estar a salvo!

Tensé el cuerpo. La desesperación me dio fuerzas.

Había visto hacer aquello. Había visto el «puente» en los *rings* de lucha libre de la costa del Pacífico, que tienen fama de ser los más violentos del mundo.

De pronto todo mi cuerpo se dobló hacia arriba, haciéndola saltar.

Como ella estaba encima y pesaba poco, no pude evitarlo.

Su cuerpo salió despedido. Chocó con la ventana.

Y yo misma lancé un chillido de angustia al oír el estrépito de los cristales y su otro grito, su grito de agonía.

Con el foso, eran tres pisos de altura. Era lo suficiente para que su cuerpo pareciera abrirse en dos al chocar contra el suelo.

Yo no supe reaccionar esta vez. Estaba destrozada deshecha.

No sé cuánto rato permanecí llorando.

Ni cuánto tiempo tardé en recobrar algunas de mis fuerzas. Ni cómo pude llegar, arrastrándome por el suelo, hasta descolgar el

teléfono para llamar a la policía.

EPÍLOGO

Mi editor me llamó por teléfono unos días más tarde. Su voz no era muy agradable, que digamos. Empezó metiéndome una bronca por haberle escrito una historia de la que ya habían hablado en parte los periódicos, pues él prefería historias absolutamente nuevas. Pero, en fin, decidió publicarla.

—Necesitará autorización de la chica —añadió—. Y la quiero por escrito. No me gustan los líos, ¿sabe? La historia es de ella. De modo que arregle ese asunto, Silver, o no cobra.

Aquello de no cobrar me asustó.

—Muy bien —dije—. Tengo ganas de ver a esa chica otra vez. Le juro que me ha impresionado. Incluso... ¡incluso no me importaría perder la soltería a causa de ella! ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Ah... ¿no lo sabe usted? —murmuró él.

—En la carta no me daba su dirección actual. Pensé que usted quizá supiera algo.

—Claro que lo sé.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Se ha puesto romántico, ¿eh? Eso es indigno de un tarambana como usted.

—Esta vez confieso que sí. La chica me interesa de verdad. Es... es distinta. Diga, ¿dónde daré con ella?

El editor me contestó con voz opaca:

—En la ciudad de los Muertos.

—¿Queeeeé...?

—Ahora es la dueña.

—¿Queeeeé...?

—Como lo oye.

—¿Queeeeé...?

—Solicitó indemnización de daños y perjuicios por lo que había sucedido, y no le faltaba razón. Entonces el juez tuvo una idea: la

ciudad de los Muertos ya no era de nadie. Pues se la adjudicó como pago de su reclamación. ¡Y si viera cómo la ha hecho prosperar! ¡Esa muñeca lo menos tiene ahora dos docenas de coches!

Me quedé petrificado.

Por poco me caigo al suelo de la cabina desde la que llamaba, pues el teléfono de mi despacho lo habían cortado por falta de pago, mientras estaba de viaje.

—De modo que... —Apenas pude balbucir.

—Sí. Las mujeres se acostumbran a todo. Y tienen sentido práctico. Parece que, cuando le dieron esa indemnización, ella se horrorizó los primeros cinco minutos. Al cabo de seis, ya lo pensaba mejor. Y al cabo de siete decía que sí. Eh, Silver. ¡SILVER...!

—¿Qué pasa? Ya le oigo.

—Creí que se había ido. Oiga, seguro que tiene usted un entierro gratis. ¿Por qué no va a verla y consigue al menos eso?

—Y yo que creía en... en una chica romántica —mascullé—. ¡Y yo que estaba a punto de pensar como un futuro casado...!

—Pues aprenda, botarate. Aprenda a escribir, además de a conocer a la gente y, en especial, a las mujeres. Ah, Silver... SILVER...

—¿Qué cuerno pasa?

—Nada, creí que se había ido otra vez. Mi secretaría me pasa en este momento una nota. No cobrará usted la novela. Debe los impuestos del último semestre y le embargarán los beneficios. Oiga, Silver... SILVER... ¡No se vaya!

Pero esta vez sí que me *había ido*.

Estaba en el suelo de la cabina.

Una mujer que esperaba turno para telefonar, trataba de sacarme, preguntando si me había vuelto loco.

Pero yo no estaba dispuesto a moverme de allí.

La mujer era estupenda, y desde el suelo veía un panorama que ya, ya...

Alguna vez hay que sacar algo en limpio, caramba...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Vuelo «chárter» es el que no cubre una línea regular y fija, sino un viaje encargado ex profeso por un grupo de personas que fletan el avión, generalmente para un trayecto de ida y vuelta. Como suele hacerse a base de avión lleno, el trayecto resulta más barato. Hay compañías especializadas en esa clase de contratos, cada vez más importantes, pues gran parte del turismo mundial se realiza por medio de vuelos «chárter». (N. del A.). < <